

RECUERDOS
DE
BUENOS AIRES

PASATIEMPO SEUDO-LITERARIO

POR

SILVERIO DOMINGUEZ.



VALLADOLID.

Imp, Librería Nacional y Extranjera de H. de Rodríguez,
LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.

1888.

AL DOCTOR

D. TELÉMACO SUSINI.

*A una de las primeras inteligencias de la
República Argentina.*

Recuerdo cariñoso de su mejor amigo

Silverio Dominguez.

Valladolid Noviembre 1888.

JUSTICIA.

La República Argentina, esa nación simpática y floreciente que suena en todos los oídos con grato eco; que escondida allá... allá lejos, en los confines de la virgen América, llama á su seno á las naciones de la vieja Europa para hacerles partícipes de su gloria y de su abundancia, de su savia y de su sangre, abriéndoles cariñosa los brazos y ofreciéndoles prosperidad y bienestar; esa República, amparo del desgraciado y deci-

dida protectora del trabajo en todas sus múltiples manifestaciones; asiento de la verdadera democracia, donde caben en su seno todas las razas y todos los idiomas, donde se confunden las nacionalidades para formar la nueva generación del trabajo; ese bellísimo país virgen surge gallardo y lozano, destacando sobre todos los de la tierra por su colosal grandiosidad, y por el papel que tiene reservado entre las modernas sociedades.

La República Argentina se ha convertido en el nuevo Canaán de la vieja Europa, y desde hace pocos años su nombre pasa de boca en boca, sus glorias empiezan á ser de todos conocidas, y el estado de su prosperidad y de su porvenir se comenta con asombro, como si se tratase de algún país misterioso inventado por la fantasía calenturienta de algún Julio Verne.

La dilatadísima región que ocupa, casi desde el Polo al Ecuador, produce estupe-

facción entre los que encerrados están dentro de los estrechos límites de estos países, y dudan que puedan existir territorios tan colosales que midan, como la República Argentina, más de 2.826.000 kilómetros cuadrados, teniendo las vastas llanuras de las Pampas y las grandes cordilleras de montañas, que desafían, como los Andes, á la Naturaleza toda con su grandiosa elevación; por cuyo inmenso territorio ondean incessantemente los penachos de humo de la locomotora y del vapor, cruzándolo en todas direcciones y llevando la actividad y el emblema del progreso humano á todos sus más apartados confines; por donde se ven los millones y millones de animales que saborean sus ricos y abundantes pastos, y bordeando las orillas de sus caudalosos ríos é innumerables arroyos y vertientes, para ser la reina de la ganadería entre todas las naciones: allí surge lozana la vida moderna;

por do quiera se elevan las vastas construcciones de la industria y del comercio, como brotan las vistosas florecillas en sus verdes praderas; lo que antes era el desierto intransitable donde imperaba absoluto el rey de la Pampa, el indio, es ahora el vasto teatro de la agricultura, por donde silba á cada instante la locomotora, cruzando colonias florecientes que pueden inundar al mundo con sus ricas producciones.

En aquel país se ha llegado á lo increíble, y no me extraña que espíritus escépticos y apocados no crean en la verdad de tanta maravilla.

Se levantan ciudades colosales con vida exuberante donde no existía más que el vacío, como si algún genio las hubiera hecho surgir al influjo de su varita mágica, y las naciones de Europa se preguntan con estupefacción si esto es la expresión de la realidad ó el reclamo con el que se pretende

arrastrar las corrientes humanas hacia aquel sitio; no es reclamo, no, son resultados lógicos de la sociedad moderna, que produce á cada paso obras colosales, desconocidas por los que siguen el trillado camino de la rutina y del estacionamiento.

En la República Argentina se ven á cada paso los milagros que opera una nación joven llena de méritos y virtudes; allí se levantan populosas ciudades, circuidas por extensas zonas cultivadas, donde ayer nada existía, sino el desierto; allí se observa la grandiosidad; allí se ve la actividad humana en todas sus manifestaciones; allí se ve un pueblo que vive del trabajo y para el trabajo; un pueblo que ama sus libertades como ama sus glorias; un pueblo que respeta á todos los ciudadanos como respeta todas las creencias, y bajo cuya bandera pueden cobijarse todos los hombres libres de la tierra, brindándoles trabajo en cambio de la prosperidad

que se encuentra en su suelo de bendición.

La República Argentina para mostrarse grande le sobraría con sólo presentar su capital, la ciudad de Buenos Aires, que nada tiene que envidiar á las más grandes poblaciones de Europa: ella evoluciona tan rápidamente, que su población se duplica cada cinco años; ella tiene un poderoso comercio, casi sin rival; su puerto es un verdadero semillero de naves, que no lo presenta igual otro en sus condiciones; su riqueza es ya legendaria, sus fortunas fabulosas, su actividad pasmosa y su esplendidez sin par en la tierra; su vida social es de las más cultas y adelantadas; sus teatros los primeros; allí reciben los artistas setecientos mil francos por temporada, y de cinco á siete mil duros por función: allí está la vida moderna, allí la actividad, allí el trabajo, allí la fortuna y la riqueza, la inteligencia, la virtud cívica y el verdadero respeto.

Allí se encuentra la educación común en su más alto grado de adelanto: aquellos colegios grandiosos, palacios verdaderos, dotados de los más modernos elementos, constituyen templos suntuosos de instrucción, que se implantan en todas las plazas y avenidas como su más lujoso ornato: allí bulle la inteligencia *chisporroteando* ideas; allí está el país de las grandes empresas y de todo lo grande, en fin, como grande es la naturaleza, como amplio su puro horizonte, como grandiosos sus ríos, como dilatadas sus llanuras, como imponentes sus montañas, como impenetrables é inexploradas sus selvas vírgenes, como grande la aspiración del pueblo y como grande el poder de su nacionalidad.

Aquella patria querida, cuna de hombres célebres, y patria de los pedazos de mi corazón, me cobijó en su seno por muchos años, y como agradecido á la hospitalidad que me brindara, colmándome de benefi-

cios y honores que no he merecido, hago públicas sus virtudes y su importancia, aunque por ahora solo sea en el prólogo de unos artículos, escritos su mayor parte en Buenos Aires, y que ahora colecciono para satisfacer los deseos de algunos amigos, para quienes la República Argentina tiene el encanto de los recuerdos y del cariño.

Aquel país hermoso donde la protección es ilimitada, donde el hijo del país, franco y noble en su trato, tiende cariñoso la mano al extranjero, y con más efusión á los hijos de España, tiene una atracción irresistible, y como la propia patria, produce la nostalgia cuando nos alejamos de su seno; todo lo encontramos raquítico y pobre, mezquino y grosero al salir de su suelo; se suspira hondamente por aquellas amistades, por aquella sociedad, por aquella vida y por *aquel todo* que en vano queremos encontrar en otra parte.

¡Yo te saludo desde España, noble República Argentina!... ¡Buenos Aires querido, país hermoso, patria de mis hijos, recibe el cariño del ausente!...



II.

PASEO DE LA RECOLETA Y PALERMO

La Recoleta y Palermo es á Buenos Aires lo que el Prado es á Madrid, un paseo vastísimo y ameno por donde desfila la sociedad porteña para lucir lujosos trenes y mostrar la opulencia y el boato en pública exhibición; en este paseo se puede apreciar la sociedad en todas sus clases, desde el honrado artesano vestido de fiesta que recorre los parterres y visita las fieras, hasta el pacífico *burgués*, con su modesta señora, car-

gados de chiquillos, que pasean por los lagos y se entretienen delante de las jaulas de monos, y de igual manera la alegre dependencia de comercio, como la aristocracia, que en lujosas carretelas y landós ostenta soberbios troncos, rozándose con las *cocottes* en carruajes de alquiler y llenas de colorines y llamativos *atrezcos*, llenando todos el vasto paseo por donde se revuelven de cuatro á cinco mil carruajes y de diez á quince mil almas aproximadamente.

La Recoleta es una creación reciente de rústica fábrica, asentada no lejos de la orilla del río de la Plata, hasta donde llegan sus jardines y praderas, paseo alegre y animado con la bella perspectiva del río, como un mar, por donde cruzan las naves constantemente y revolotean las lanchas de blancas velas en vistosa confusión; su gran cascada y su gruta de cristalizaciones con variadas sorpresas, su poético lago, sus templetos y

sus puentes rústicos, sus cenadores y sus toscas, las simas y las grandes grietas por donde asoman las plantas parásitas, sus esbeltas palmeras, sus plátanos de verdes hojas, sus acacias y jazmines, sus achiras y camelias, todo aquel rústico conjunto tan bien combinado como bien tenido, se cuaja de frescos y angelicales rostros, que de sorpresa en sorpresa, de emoción en emoción, baten palmas de contento y alegría, mientras los satisfechos padres cuidan con solícito interés de evitarles tropiezos y proporcionarles la distracción con los habitantes del lago, patos, garzas, cigüeñas cisnes y la multitud de animalillos que lo pueblan, los que, en vez de buscar refugio en las artificiales guaridas que festonan sus orillas, acechan la mano pródiga del alborozado niño para acudir presurosos á tomar el pedazo de bizcocho ó el pan ó la masita con que les brinda su candor, y es de ver cómo al caer la golosina

en una de las pequeñísimas lanchas insubmersibles que para su recreo tienen las aves acuáticas, cuando de ello no se aperciben éstas, asoma la cabeza una rata hambrienta, olfatea y mirando con recelo la golosina, atrevida trepa á la pequeña lancha, mira á todas partes, y si al lanzarse sobre la presa escucha el menor ruido, ó lo que es más frecuente, la exclamación de la criatura al ver que un intruso se mezcla en sus asuntos, entonces se zambulle en el agua para al poco rato sacar otra vez la cabecita, mirar recelosa, hasta que con resolución se apodera de la presa que veloz lleva á su apartada y profunda guarida.

Así, de grupo en grupo, de puente en puente y de glorieta en glorieta, discurren por allí las familias, mientras los más siguen el largo paseo, lleno de quintas y *chalets*, hasta llegar á Palermo, viendo pasar veloces los infinitos vehículos, los apuestos ginetes

y aírosas amazonas que van á llenar sus anchas avenidas.



Palermo, antigua residencia del tirano Rosas, con su palacio, hoy Escuela Militar, es el paseo más amplio y vistoso que tiene Buenos Aires; profusión de parques y lagos, de glorietas y graciosos grupos de árboles, de avenidas y parterres que forman un ameno conjunto; su grande avenida, llamada de las Palmas, que arranca desde el río hasta la calle de Santa Fe, está sembrada con profusión de vistosas palmeras, y la avenida central, donde se forman las interminables filas de carruajes; y las calles laterales, por donde se desliza la numerosa concurrencia de á pie: esta avenida, que tiene capacidad para cua-

tro filas de carruajes y espacio para los ginetes, es como la arteria principal del gran paseo, y da acceso á los numerosos parques y lagos que se desparraman á sus costados, ocultando glorietas y *chalets*: en esta avenida de las Palmas se puede contemplar la belleza de la mujer porteña, se pueden apreciar aquellos artísticos bustos dignos del cincel de Fidias, y se puede ver la riqueza de sus trenes, descollando la sencillez hermanada con la elegancia, y constituyendo el buen tono que destaca en medio de aquel *mare magnum*.

El departamento zoológico es rico y variado, mostrándose costosas instalaciones entre el bosque de cedros y eucaliptus, y en medio de poéticos lagos; allí están los reyes del desierto, los leones africanos, los tigres, las panteras, las hienas y cuanto animal es posible tener en completa colección de todos los países; los departamentos de aves,

los de anfibios, que todo ello constituye una verdadera riqueza digna de la ciudad de Buenos Aires, y por donde discurre constantemente una abigarrada multitud que nada tiene que ver en los parques y avenidas.

El bosque, que llega hasta la ribera del río, es por demás hermoso y poético; embalsamado el aire que allí se respira, dilátase el pulmón, ávido de oxígeno, como una esponja al ponerla en contacto con el agua; la estrecha y tortuosa calle que culebrea caprichosamente, tiene á sus lados copudos sauces, que al inclinar sus flexibles ramas hacia el suelo, forman pequeñas estancias de sombra, á donde acuden los *mixtos* y *chingolos* para jugar y buscar aventuras; los altos paraísos y elevados álamos se entrelazan al zeibo de retorcidas ramas, adornadas por sus aterciopeladas flores; en el suelo las plantas silvestres, entremezclándose la cicuta con el romerillo, el hinojo con la espadaña,

la gramilla con el trébol para formar vistosa alfombra; el cardo y el espinillo, el algarrobo y la casuarina, el eucalipto y el aromo, la acacia y el moye, todo se mezcla en grato desorden para constituir el bosque, por donde cruzan ó posan en sus ramas las tijeretas, las *urracas* y *bienteveos*, huyendo de las pequeñas plazoletas donde acuden algunas familias artesanas con meriendas.

La brisa del río refresca aquel ambiente; las delgadas ramas de los sauces azotan suavemente el rostro al atravesar la espesura, dejándose oír el *siseo* de las casuarinas, que son las anunciadoras de la brisa, como el *tero* anuncia al descuidado pato la llegada del cazador: al caminar por el intrincado laberinto se deja algún girón de la ropa para penetrar en las especies de grutas vegetales que forman algunos grupos de árboles y que les sirven de techumbre, tapizado el suelo por el trébol y la manzanilla, y cerrada la

estancia con las ramas del espinillo y del sauce y el enmarañamiento vegetal del bosque; las achiras están dispuestas para el adorno con su grato y fresco verdor, y hasta los colgajos de las flores del zeibo, que ondulan graciosamente, le dan un aire especial, como de grutas encantadas, ó como dispuestas para la morada de alguna deidad pagana.

Las bien organizadas y compactas bandas de música resuenan en todos los ámbitos de Palermo, dándole el complemento de animación que se ve por aquellos sitios de expansión y de recreo.

Las tardes de los días festivos bulle la concurrencia, no viéndose más que la aristocracia en los días consagrados al trabajo, sobresaliendo los graciosos grupos de criaturas y los modelados bustos de las elegantes matronas.

III.

LA BOCA DEL RIACHUELO Y EL ARROYO MAZTEL.

Es el muelle de la Boca, á partir desde la capitanía al puente de Barracas, el más animado centro marítimo-comercial de Buenos Aires; surge la vida activa en cada individuo, el trabajo se destaca en todos y un hormiguero humano discurre por doquier cargando y descargando efectos y mercancías las más diversas; el río, estrecho y profundo, en el recodo que forma la bahía contiene las naves por millares para las operaciones

mercantiles de la plaza, y la cantidad de vapores de alto bordo donde va el inmigrante para aumentar la prosperidad del país y labrarse un porvenir, y viene el acaudalado viajero ó regresa el empeñoso inmigrante para disfrutar en su patria el caudal que le haya producido su trabajo.

La escuadra argentina con sus poderosos acorazados, los buques de todos los países, las balleneras y lanchas, las chatas y falúas, los remolcadores y las dragas, todo ese pueblo flotante se agita en el río para formar el intrincado laberinto de palos y trinquetes, de velas y chimeneas, de banderas y cables, que causa verdadera admiración á todo el que lo contempla, como el presenciar su movimiento; aquellas colosales bocas del progreso que lanzan las espirales del humo de sus hornillos, el silbido bronco y ensordecedor del vapor, el bramido de las dragas, el rumor y aleteo de las ruedas al levantar los remoli-

nos del agua, los hélices al formar el hervidero; una chata que sale, un vaporcito que entra, otro que cruza haciendo sonar su agudo y penetrante silbato, un buque de vela que con majestuoso continente surca las aguas llevado por un pequeño remolcador, una lancha que busca rápida la orilla, un vapor que principia la orzada, las voces de mando, las maniobras, los silbidos prolongados, el oleaje que se rompe contra el murallón, el movimiento todo hacen de la Boca una población casi extraña á Buenos Aires, donde, como en la torre de Babel, se confunden hasta los idiomas, predominando allí el italiano, y desde donde se diseminan sus cosmopolitas concurrentes por todos los ámbitos de la ciudad, llevando la actividad y la vida mercantil con el incesante paso de los ferrocarriles y tranvías, de los carruajes y pesados carromatos en no interrumpido movimiento.

La gente hormiguea por todas partes: unos que llegan, otros que marchan, éstos que despiden, aquéllos que curiosean, otros que ocupan los muelles para visitar los lujosos vapores, los corros que escuchan embobados al charlatán dulcamara que expende panaceas; los que miran las suertes de prestidigitación de otro ídem de más humilde esfera; los gritos de los vendedores de bananas y naranjas, los lancheros que ensordecen ofreciendo botes, los carreros que cantan el número de bultos que cargan ó descargan, las cornetas de los tranvías, con todo esto se forma un compuesto heterogéneo especial de la Boca, con su carácter propio y sabor genuinamente napolitano.

La perspectiva es magnífica: de frente el laberinto de los altos palos de los buques, el río cuajado con toda clase de embarcaciones de blancas velas, como si fuera una bandada de gaviotas; más allá, y salvando la

orilla, la isla del Recreo, llena de frondoso arbolado y sembrada de vistosas casillas de madera; hacia Barracas el río que culebrea y se retuerce hasta perderse de vista, ocultando su agua cenagosa con el casco de los buques; el ferro-carril avanza y retrocede con largas filas de vagones de carga, el tranvía que pasa á cada momento; á la izquierda la multitud de vapores que parecen obstruir la entrada del río, y allá!... perdiéndose en el cielo, la inmensidad del agua, donde flotan por millares los buques que no pasan de la rada: las gaviotas hienden el espacio cruzando en todas direcciones, y las palomas torcaces en espesas bandadas revolotean de acá para allá alegrando el paisaje y dando vida al cuadro poético que se contempla, y viendo la entrada del canal ó arroyo de Maziel, pequeña arteria que pone en comunicación el río de la Plata con la Boca del riachuelo, siendo su curso tan tortuoso como

rama de añosa cepa, y de cauce tan estrecho, que la más pequeña lancha toca en muchos puntos sus orillas, teniendo que pasar por bajo de ramas de árboles y entre laberintos de sauces y retamas; algo violenta la corriente en algunos puntos, el remero tiene que luchar vigorosamente, y ora agarrándose á las ramas, ora haciendo hincapié con el remo en la barranca, se pueden atravesar recodos llenos de fango y de maleza donde es fácil encallar.

El paisaje cambia á cada momento: festoneadas las orillas por multitud de plantas acuáticas de diversos matices, parece como si tuviera un caprichoso marco orlado de florecillas, que abiertas sus corolas con amor, esperasen la llegada del polen fecundante para aprisionarlo y realizar la obra de la madre naturaleza; tan pronto obstruyen el paso las ramas del sauce como las agudas puas de la *zina-zina*; el paraíso adelanta sus brazos

pertumados con sus lilas flores, el zeibo deja caer sus flores de vivísimo color carmesí y la flexible mimbre avanza sus ramitas para salpicar de agua las flores de la orilla; en unas partes el aloes y la pénea aprisionan al blanco cartucho que se eleva en la barranca con sus amarillos penachos, y en otras las achiras y retamas con los lirios y jazmines, teniendo la defensa en las retorcidas ramas del espinillo, con sus agudas espinas, que oponen heroica resistencia al que pretenda privar al canal de su más poético ornato y perfume.

Cortado el paisaje por copudos árboles al frente, maleza á los costados y follaje en las orillas, no distinguiéndose más que un pequeño circulito de cielo puro y trasparente; de repente se aboca á uno de los remansos, como lagos encantadores, donde se dilata la vista en graciosa perspectiva: vistoso el follaje de las orillas, las filas de árboles se

destacan en el fondo, unos inclinando la cabeza en señal de vasallaje y sumisión, y otros altivos y soberbios que se empinan hasta el cielo, como si estuvieran orgullosos de formar parte en tan pintoresco espectáculo; el agua detenida en el remanso mece dulcemente los pequeños botes, como una madre pudiera mecer al fruto de su amor, y disfrutándose allí de grata sombra y en dulce arro-bamiento, se ven las garzas asentadas de trecho en trecho con el pájaro rosado, el jilguero y la calandria corriendo de rama en rama y saltando de árbol en árbol, alegrando con sus trinos el encantado paisaje, propio para la contemplación de lo sublime y lo grandioso.

Desde allí, y tomando la canal, se llega á la isla de Maziel, donde anidan la cigüeña y la garza, el colibrí y la alondra, donde rastrea el lagarto y la iguana y donde posa la gaviota de blancas alas; en su selva, que

encierra el secreto de pasadas edades, residencia á no dudarlo de alguna de aquellas tribus de feroces indios que disputaban palmo á palmo el suelo al invasor; desde ese punto se contempla el majestuoso río de la Plata, desde cuya orilla se dilata la vista hasta perderse en el horizonte, como anchuroso mar, sin poder distinguir la orilla opuesta.

¡Hasta los ríos son allí grandiosos!.....



IV

UN RECIÉN LLEGADO

—¡Gracias á Dios que ya estoy en tierra!... Pero hombre, cómo me ha traído el endiablado mareo!... ¡Si por poco no echo los higados por la boca!... No me olvidaré á tres tirones! Lo de menos era el rancho; porque, como dijo el otro, *cuando no hay pan buenas son tortas*; pero aquel maldito olor... sobre todo el de la cocina, sin contar con los otros olores... en fin, que estoy en tierra; y ahora sin pensar en otra cosa, coma-

mos como cristianos, que el estómago reclama algo de bueno y sano.

— ¡Mozo... mozo!... Veamos, hombre... listo, ¿qué tenemos para comer?

— Lo que Vd. quiera, Sr.; aquí está la lista.

— ¡Puchero!... ¿Dice aquí puchero?... Bueno, pues tráigame puchero, que ya llevo cerca de treinta días sin probarlo ni tomarle el olor. ¡Pero hombre, está visto, esta tierra es igual á España! ¡En todo, hombre, en todo!... ¡hasta en el puchero!... ¡Si me parece que estoy en mi casa!

Mientras sacan el puchero, puedo presentar á Francisco qué sé yo cuántos ni de qué; pero que en su pueblo le llaman Francho el sastre, por ser ésta la profesión de nuestro recién llegado. Algo enjuto de carnes y no muy alta estatura, lo primero que se le divisa son unas especiales patillas de *admiration*, que le dan un cierto airecillo de respetabilidad porteril.

Este tío Francho era el sastre del pueblo... cualquiera; lo mismo da que sea de la nueva ó vieja Castilla; el caso es que nació y vivió en Castilla, principió á pegar botones y encerar seda en compañía de su padre, sastre también, y al encontrarse solo, después de haber aquél pagado el tributo á la naturaleza, principió á cortar chaquetas y pantalones, y según publicaba la voz del pueblo, no era muy largo en la tijera.

La vida trascurría tranquila para mi amigo; vida exenta de aspiraciones, hasta que un cierto día llegó al pueblo un *ricachón* que prometía el oro y el moro al que fuera á América, y asegurándole al tío Francho que con su aguja y tijera haría pronto un capital.

Nuestro hombre, que jamás había pensado ni por las mientes el tener un capital, se quedó meditabundo, no comió aquel día, y por la noche soñó con monedas de á cinco

duros; así pasó algunos días, hasta que haciendo un supremo esfuerzo, comunicó á su costilla que había decidido marchar á América para ver tierras, correr el mundo y hacerse rico en poco tiempo.

La mujer, que tampoco había pensado en la riqueza, no tardó muchos días en animar á su Francho, viendo que, como decía el *ricachón* que recorría los pueblos, en pocos años regresaría con un capital: y estas son las razones que tuvo nuestro sastre para encontrarse en Buenos Aires y disponerse á comer en una fonda *del Bajo*.

—Pues señor... —decía nuestro hombre contemplando un trozo de carne que delante de sí le había puesto el mozo,—esto no es lo mismo, porque eso de comer la carne antes del puchero, sólo al tío Tiritón de mi pueblo se le ocurría. ¡Mozo!... ¡Mozo!... ¡Vamos á ver, hombre!... Hace media hora que estoy esperando ese puchero y no viene.

—¡Cómo que no viene!

—No viniendo, *carástolis*.

—¿Y eso que le he servido, señor?

—¡Qué señor ni que cuerno! Dejémonos de señores y venga el puchero.

—Pero aquí lo tiene Vd.—decía el mozo acercándole más el plato que contenía la carne.

—Esto es la carne; pero el cocido, ¿dónde demonio lo ha puesto Vd. que no lo veo?

—¿Qué cocido, señor?

—Entienda Vd., mocete, que de mí no se burla nadie; ¿lo oye?

—Pero, señor, este plato es el puchero, y Vd. sin duda lo que pide es olla podrida, que no tenemos.

—¡Pues me gusta! ¡Llamar puchero á un trozo de carne!... Yo creía que el puchero era el cocido, ó la olla podrida; que todas las podredumbres quisiera yo fuesen así como esa.

Nuestro Francho comió lo que buenamente le sirvieron; pero no sin antes protestar que él ni había visto ni oído que se comiera la *ropa vieja*, como le ofrecía el mozo.

*
**

—¿El Sr. Gutiérrez?

—Pase Vd. adelante. ¿Qué se le ofrece?

—Traigo esta carta de su amigo D. Antonio, que por allá quedó muy jaque y robusto recorriendo la provincia.

—Pues el Sr. Gutiérrez marchó á Europa.

—¿Qué dice Vd.?

—Que el Sr. Gutiérrez hace veinte días que se fué á Europa.

—¡¡Pero. hombre, con que se ha ido á Europa!!! ¡¡Y yo qué voy á hacer ahora!! Pero la señora estará, ¿no es verdad?

—Se fué con toda la familia.

—¡¡Ahora sí que estoy fresco!!... Bueno, ya que él no está, puede Vd. abrir la carta y enterarse... Léala Vd.

—¡Pero si no es para mí!...

—Léala, y verá Vd.

—Yo no abro cartas ajenas.

—Ábrala Vd. y lea; tal vez le interese.

Francho insistió y machacó hasta que se leyó la carta, en que le recomendaban para una colonia en el campo.

—Es fácil, señor, es fácil que Vd. pueda trabajar en una colonia.

—¿Cómo colonia?

—En el campo, donde se están formando colonias, que son pequeños pueblos agrícolas.

—Ta... ta... ta... ta... Si lo que yo quiero y lo que se me dijo es que en Buenos Aires puedo trabajar bien y hacer un capital en un boleo; yo soy el sastre de mi pueblo, y

por nada de Dios he querido trabajar á jornal si no me pagaban seis reales y la merienda; aquí pongo una sastrería, y usted verá si soy ó no un hombre trabajador.

—¿Pero Vd. trae dinero?

—¡Vaya una pregunta!... La recomendación es para que me den lo que necesito... y ya que el señor de Gutiérrez no está, usted podría servirme, haciendo que me den género para trabajar, y yo lo iría pagando poco á poco.

—Sóplate ese huevo...

—¿Cómo sóplate ese huevo? ¿Vd. cree que yo me voy á quedar con nada de nadie? Todo el mundo sabe quién es Francho, y no digo más.

—Sí, señor, me parece bien... muy bien, pero opino que las costuras tuyas no son las que se gastan por esta ciudad.

—Cada cual es cada cual, y Dios con todos, que al cura de mi pueblo, á D. Dionisio...

sio, que tal vez Vd. le haya oído mentar, siempre le he hecho la ropa, y no hará ni medio año que le hice un chaquetón de lo mejor, y tan buenos como D. Dionisio habrá, no digo menos, pero mejores y más delicados, eso no, señor; porque todavía me acuerdo que el pantalón que le hice á la entrada del invierno, porque tenía un dedo, casi nada, hombre, casi nada, más larga una pierna que otra, me lo mandó á casa y anduvimos en contestaciones, hasta que tuve que cortarle lo que sobraba; ya ve usted que estoy acostumbrado á tratar con gente delicada.

—Usted debe ver si le toman en alguna sastrería.

—¿Y cuánto pagan de jornal?

—No sé; Vd. debe verlo.

—Pero, señor, ¿no sería mejor que usted me hiciera dar paño y los demás útiles para trabajar por mi cuenta? Yo iré cumpliendo,

y Cristo con todos; porque eso de trabajar á jornal paréceme que no ha de ser muy provechoso que digamos... al menos para hacerse rico.

—¿Usted quiere hacerse rico?

—A eso he venido, que bien me estaba en mi pueblo; pero como el trabajo anda allí como Dios quiere... me arriesgué, y aquí estoy con estas miras.

—Las miras no son malas, no, señor.

—Queriendo Vd. puedo hacerlo, y por el interés que se toma estoy viendo que va á querer.

—Pero, bendito de Dios, ¿qué es lo que debo yo querer para que sea Vd. rico?

—¡Otra!... pues... dando la cara en el comercio para yo trabajar; porque si aquí hubiera estado el señor de Gutiérrez, yo no le habia de incomodar á Vd.; pero como usted está en la casa... vamos... que siendo además paisanos una mano lleva á la otra, y así vivimos todos.

—Yo soy un empleado de la agencia solamente.

—¿Usted empleado? Pues cualquiera lo creería rico y muy rico.

—Lo mejor que Vd. puede hacer es salir á la campaña y encontrará la clase de trabajo que Vd. sabe hacer, hasta que llegue D. Antonio, y entonces Vd. irá á la colonia y ganará buen jornal, á no ser que prefiera quedarse en algún pueblo de campo, en cuyo caso es señal que le tendrá más conveniencia.

—¡Pues sabe Vd. que esto será lo mejor!... Asunto concluído, y al campo á trabajar.

*
* *

D. Francisco, que así llaman al bueno del tío Francho, se las maneja regularmente;

cose en su casita para la mejor sastrería de un pueblo de la campaña en la provincia de Buenos Aires, y con la ayuda de la mujer, todos los días ganan sus tres duritos, que aumentan poco á poco el fondo soñado para regresar cuanto antes á su pueblo, y dejarse de costuras; no ha tenido necesidad de andar vagando de una á otra parte en busca de trabajo, y eso que los sastres no son los que mejor librados salen allí; no ha tenido que arrepentirse de haber pasado el charco, y allí está como el pez en el agua, trabajando como un joven y satisfecho de su actual posición.



V

EL DEPENDIENTE DE TIENDA

¡Vaya Vd. viendo lo que son las cosas de este mundo, hombre, vaya Vd. viendo! Hace pocos años que lo vi en su pueblo dando lección extraordinaria de cuentas, ver-sándose en la letra de Iturzaeta, porque los padres pensaban mandarlo *al comercio*, aprovechando la coyuntura de ir para Andalucía el tío Facio, ó, lo que es lo mismo, el tío Bonifacio de su pueblo. Era entonces un mocete de trece años, más listo que una

ardilla, ¡como que había nacido en la Sierra de Cameros! bajo, coloradote que no había que pedir más, brusco en su trato, cortado el pelo á lo *motilón*, con una chaqueta forrada con tartán á cuadros, y unos borceguíes llenos de tachuelas... que serían capaces de desempedrar la plaza de la Victoria.

Pues señor, pasó el tiempo, y un día entré con mi suegra en la tienda de las dos XX con intención de comprar el ajuar para mi hijo, y no bien hubimos tomado asiento al lado del mostrador, llamó mi atención un gallardo y elegante joven que con exquisita finura atendía á dos señoras y tres señoritas, á quienes ponderaba un género de última novedad, y al mismo tiempo, sin pasar la barrera, requebraba con agudeza á las señoritas con quienes parecía tener confianza. Desenvuelto en sus maneras y vivo en sus movimientos, satisfacía el gusto de

las compradoras con una gentileza que me admiraba.

—Esa cara me es conocida, decía yo para mi colete, mientras él, sin fijarse en mí, medía las varas del género que había vendido. ¡Pero señor! ¿dónde he visto yo esa cara? me volvía á preguntar, haciendo memoria por recordar su procedencia. Nada; mi suegra me llamaba la atención sobre un bonito ajuar, y en él puse mis potencias y sentidos, olvidándome del apuesto dependiente; así transcurrió un rato, hasta que oigo á mis espaldas:

—Llévelo con confianza, porque yo le aseguro que es *mucho bueno*.

Volví la cabeza rápidamente, porque eso del *mucho bueno* es característico de un pueblo de la sierra, y fijándome en los ojos vivarachos del dependiente, reconocí al mocete aquél que yo dejé aprendiendo cuentas y mejorando la letra.

En lugar del chaquetón tenía puesto un fino chaquet de elegante corte; en vez de los borceguíes, unos puntiagudos zapatos de charol, y en sustitución del pelo á lo quinto, lo tenía muy bien cortado á onda y melena, y con su bigote sedoso y sus patillitas de chuleta estaba hecho un pollo elegante y fino, como de los más típicos de la *high-life*.

Nos reconocimos, y después de recordar las costumbres de la tierra y preguntarle por el tío Facio y el tío Toño, y por todos los tíos de la sierra, quedamos hechos unos amigotes en toda regla.

Este paisano conoce á todo Buenos Aires; no existe perro ni gato á quien él no le sepa la vida y milagros; desde cadete, y con motivo de llevar las encomiendas, penetró en todas las casas; más tarde, al cobrar cuentas, se enteró de los asuntos domésticos al menudeo, y últimamente en el mostrador

ha hecho relación con toda la sociedad porteña, con la que tiene vara alta, pues cuenta con las faldas, y esto es lo importante.

Tan pronto como ve entrar á una señora, deja lo que tiene entre manos, y diligente acude con una silla, ofreciéndola asiento, y echa un párrafo sobre asuntos de la familia, de los niños que vió pasar el otro día, de la señorita que vió en Palermo y de lo bien que le sienta el traje á la señora, confirmándose en su opinión sobre el efecto que produciría el género con un abrigo *así ó asao*.

Entra después en materia y allí despliega gran lujo de erudición para vender la mercancía; conseguido esto, después de estrecharle la mano y mandarle recuerdos á todos los de la casa, atiende á otra marchanta, y así se pasa hasta las once de la noche sin sentir cansancio ni fatiga.

Los domingos, á las dos de la tarde, se

pone los trapos de cristianar, toma el bastón, y á paso redoblado se larga á la Recoleta ó á Palermo, donde *sombrerea* en grande, quiero decir, que todo se vuelve saludar á diestro y siniestro: si el día no está bueno, se lanza á la plaza Eúskara, viendo jugar ó jugando á la pelota, y espera la noche para hacer sus visitas. Nunca falta alguna de preferente atención, y después, si la *morocha* va al teatro, allá se dirige mi amigo y pasa un par de horas de solaz que le compensan la reclusión de la semana. Después... *La Correspondencia de España* es el gorro de dormir de los madrileños.

Es socio de la Filarmónica y de la Euterperina, cada quince días echa una canita al aire calzados los guantes y bailando hasta el amanecer.

Este es mi amigo, que dentro de un mes quedará habilitado en la casa con un veinte por ciento, bien ganado, en verdad, y que

dentro de tres ó cuatro años tendrá un capitalito, con el que podrá quedarse con el negocio ó establecerse por su cuenta, para comerse su media naranja, que está más apetitosa que un cacho de cielo.

Y ahora, díganme mis lectores si tengo ó no tengo derecho para principiar este cuadro con exclamaciones. ¡Pues ya lo creo! el día menos pensado recibiré una tarjeta que dirá: *Florentino Sojuela y Valdemoro pide órdenes para España*; y no tendré más remedio que acompañarlo á bordo, deseándole llegue á su pueblo sin novedad, donde no lo llamarán sinó por el sobrenombre del *Indiano*, y allí disfrutará de su capital, siendo el personaje más caracterizado de aquellos contornos, después de haber dejado á sus habilitados y dependientes el negocio, para que á su vez les toque el turno del descanso, y como él gocen de una posición envidiable ganada con honradez.

Estos ejemplares son en extremo comunes; salieron pobres de su pueblo y regresan ricos para hacer la felicidad de sus familias y de su pueblo natal, siendo los ejemplos vivos de la prosperidad de la República Argentina.



VI .

EL INGLÉS PORTEÑO

Este pobre mozo no descansa en todo el día de Dios; lleva una vida de las más perras; no come con sosiego, no anda á gusto porque le mortifican una regular colección de callos, cosa que no debe extrañarnos, pues se lo lleva andando desde que se levanta de la cama hasta que rendido vuelve otra vez á ella, exhausto de fuerzas y rendido de fatiga. Sus piernas han tomado la consistencia *perruna*, es decir, que todo se

vuelve nervio y tendón; parece un águila el pobre muchacho, cuando á tranco largo le veo pasar por delante de casa, presuroso por cazar á cualquier desgraciado que huye de su sombra, como de la cruz el diablo; y no es porque Vicente sea contrahecho ni repelente, no, señor; es un guapo muchacho de simpático aspecto, largo y enjuto, que luce sus estrechos pantalones, y su saco de montagnac con gran desenvoltura, con su pañolito de seda al cuello y con sus patillas de hacha, presenta un tipo acabado del currutaco contemporáneo que no hay más que pedir.

Este Vicente entró de cadete en una tienda que yo me sé; era inapreciable para llevar las compras á casa de las *marchantas*; en un periquete se andaba el chico sus veinte ó treinta cuabras, como quien se pone un caramelo en la boca; andando el tiempo le dieron algunos *baratos*, es decir, que lo man-

daban á cobrar alguna cuentecilla simple, y entre medir muselina, cretonas, rasos, fulares y espumillas, llegó un día en que el patrón, observando la viveza del mozo, su aptitud para todo lo que exigiese actividad, y su tipo medio inglés, lo dedicó al importante empleo de cobrador, en el que ya lleva sus tres años largos de talle.

*
* *

Después de tomar café con tostada, Vicente llena su cartera de cuentas, y según el itinerario que ha trazado, se dirige á largo tranco en busca del primer deudor en lista, llega á la casa y llama tímidamente, como es natural que lo haga todo aquel que desee sacar dinero, espera cinco minutos, y ve aparecer una cabeza por el marco de una

puerta, la que bruscamente desaparece al ver la figura que está plantada en el zaguán; llama por segunda vez en vista de que nadie contesta, y después de otros cinco minutos, sale un sirviente diciendo que el señor hace poco que ha salido.

Si es primera visita, deja la cuenta y se larga á otra parte; pero si ya estuvo un par de veces oyendo la misma cantinela, el amigo Vicente se retira con toda discreción á la puerta contigua, y allá le tenemos de guardia acechando la salida del tramposo; espera un buen rato, porque su fino olfato le ha indicado el rastro, y no bien el desgraciado deudor pisa la vereda, el inglés le echa la zarpa encima.

—Un momento, señor, y dispense Vd.

—No es nada, ¿qué se le ofrece?—pregunta con altivo ademán el trapisondista.

—Hace un momento vine á traerle la cuenta...

—¿Qué cuenta?—pregunta como quien nada sabe.

—La cuenta que dejé hace quince días.

—Entiéndase con la señora, yo no me ocupo de esas cosas—dice el deudor, intentando sustraerse á las garras de Vicente.

—Dispense, señor; siento mucho molestarlo, pero la señora me ha contestado dos veces que es con usted con quien debo entenderme; aquí está la cuenta—le dice en tono enérgico, olfateando por las miradas de recelo que echa el deudor á todas partes, un buscavidas de estos que temen el escándalo en plena calle.

—Puede Vd. volver á las seis, que es la hora en que como, y entonces lo arreglaremos—replica en voz baja, como para que nadie se entere que debe una cuenta.

—Ya he venido tres veces, señor—insiste alzando la voz el amigo Vicente, conociendo el lado flaco de su víctima;—¡ya he venido

tres veces, y no tengo el tiempo para rondar esta casa!

—¡Pero no sea Vd. imprudente, hombre, no sea Vd. imprudente; ahora voy de prisa!...

—¡Bueno! á las seis en punto vendré, y será la última vez.

—Corriente, venga Vd. á las seis y lo arreglaremos—le dice bondadosamente alargándole la mano.

Vicente coloca su cuenta en la cartera y promete dar el golpe á la hora convenida, y en unos cuantos trancos más se planta en una casa que conoce muy bien; no hay sábado que deje de ir á ella, y, como siempre, sin sacar nada en limpio: antes de tomar el llamador mira recelosamente al zaguán, alarga el pescuezo para observar los rincones del patio, y viendo que no está su pesadilla, pega media docena de aldabonazos, á los que inmediatamente responde el ladrido de un enorme perro ñato, que, co-

mo si estuviese magistralmente enseñado, sale como una fiera con dirección al zaguán.

Vicente pone pies en polvorosa y desde la acera de enfrente observa si sale alguno.

—Venga, señor, venga.

—Retire el perro—contesta el *inglés*, que conoce la treta que le arman.

—Es manso, venga Vd.—le dicen con sorna.

El perro gruñendo enseña los dientes desde la puerta de la calle, dispuesto á sacarle un pedazo de enjuta pantorrilla.

—Venga usted, no tenga cuidado—dice socarronamente el dueño.

—Si no retira el perro es imposible entregarle la cuenta.

—¡Pero hombre! tráigala Vd.; entre, pues, amigo, entre;—y mientras tal dice azuza al perro por lo bajo, que se dispone á lanzarse sobre el infeliz cobrador, el cual viendo sus

carnes en grave peligro empaqueta la cuenta, y lanzando iracundas miradas á perro y dueño, se larga con la música á otra parte, dejando al deudor, que se retuerce de risa mientras entra en sus habitaciones convencido de que el cobrador no ha de volver á llamar en aquella semana.

—Para venir á esta casa otra vez traeré una ametralladora, ó cuando menos, media libra de estricnina.

Así tratan en algunas casas al amigo Vicente, aunque pocas, por fortuna de los comerciantes.



VII

EL CURA DE MISA Y OLLA

Ya van para diez meses que D. Giacomo está en Buenos Aires, y espérate que aguanta hasta pescar un curato, que es cuanto desea el pobre señor; para eso vino á la América y con eso sueña y en eso cifra sus aspiraciones, que son el logro de sus cálculos.

El padre Giacomo estaba cansado de arrastrar su vida en un pueblucho de la montaña, allá en su tierra; hizo examen de conciencia y se encontró con cincuenta años y

sus bolsillos completamente vacíos; sólo contenían polvillo de tabaco y pelusa del tartán; reflexionó, y después de andar unos cuantos días cabizbajo y distraído, como quien está ocupado en la solución de algún problema algebraico, se levantó una mañana antes de lo regular, y en pantalones solamente, endilgó una carta á su prelado, en la que, con las consideraciones debidas, le pedía licencia para marcharse á América, poniendo el pretexto que en Buenos Aires tenía al hijo de su difunta hermana, á quien quería con amor filial. Sin duda el mitrado tendría algún aspirante en perspectiva, porque en el acto se le concedieron las licencias, las que una vez en poder del padre Giacomo, las escondió entre los bolsillos sobados de una antigua cartera y dispuso el viaje para esas tierras.

Con su pasaje en tercera clase lo embastaron en el vapor, donde el buen señor

sudó la gota gorda, sufriendo bascas y arcadas continuas que le producía el endiablado mareo, hasta que por último pisó el muelle de Buenos Aires con la sotana dominguera, alzacuello limpio y su sombrero caído, bien sobado á fuerza de pasarle manga y pañuelo.

Su primera diligencia fué buscar á su sobrino, que antes ocupaba un cuartucho en la recoba vieja, y como ahora no existen ni siquiera los cimientos, el padre Giacomo se quedó con un palmo de boca abierta, navegando en un mar de calles que no conocía. Aquel mismo día fué al hotel de Inmigrantes, y allí permaneció hasta dar con el paradero de Bepo, que vivía en la plaza Victoria, ocupado en lustrar botines y echar medias suelas á los económicos parroquianos: al pobre sacerdote, que creía encontrar al hijo de su difunta hermana hecho todo un capitalista, se le cayó el alma á los pies

al contemplarlo sacando lustre por cinco centavos, y ofreciendo después billetes de lotería para en último caso agarrar el tirapié y dar unas cuantas puntadas á los botines descosidos: estuvo acudiendo por quince días consecutivos á la Curia eclesiástica para el despacho de sus licencias, siéndole forzoso adular á los porteros, prosternarse á los pajes y humillarse ante los curiales, que pasaban por delante de él sin osar mirarle. ¡Desgraciado D. Giacomo! Gracias que Bepo le hacía participe del salchichón y pan de la mañana y del poco vino y pan de la tarde, pues sin esta poderosa ayuda mal lo hubiera pasado el pobre señor, que no podía celebrar; pero se resignaba viendo que el estómago estaba salvo, y que, gracias á la liberalidad del sobrino, podía colocar su catrecito al lado del suyo, y que á lo menos no carecía de techo: al fin le expidieron las licencias, y después de la primera celebración

la festejaron tío y sobrino comiendo en la Boca del Riachuelo hasta gastar el estipendio de dos nacionales que había cobrado en la parroquia de San Nicolás por el alma de no sé quién.

*
* *

El padre Giacomo es alto y fornido, de pies descomunales y juanetudos; sus zapatos son atroces, imponentes, porque con uno de ellos puede desbaratar á cualquier hijo de vecino: su cara es bonachona, poca frente, mucha nariz, mucha cerda en sus ventanas, y espesísimas cejas entrecanas; los pulpejos de los dedos están casi negros por el humo del tabaco: su vestimenta como todos los de su clase, con la diferencia de tener el padre Giacomo lustrósima

la sotana de puro vieja, como si todos los días le diese betúu en casa de su sobrino; el manteo corto de vuelo y de gran cuello doblado, deshilachado por abajo y con algún que otro zurcido, y el alzacuello de abalorios por lo general y en cuyo borde superior tiene algunas líneas de mugre.

Nuestro cura lo pasa en grande; lee *La Voz de la Iglesia*, y allí donde indique sufragios y estipendio, se dirige tempranito con los ojos bajos y andar mesurado, celebra y cobra, y ya está hecha la primera diligencia; si hay funeral se pone la sobrepeciliz y muy fresco se pasa cantando *gorigoris* un par de horas, hasta la hora de almorzar; enseguida acude á las parroquias para copiar fes de bautismos y partidas, á cuarenta centavos el pliego, pues aunque cometa algún desatino, tiene buena letra; si por la tarde hay visperas, allí acude, y dispuesto siempre á *guadañar* cincuenta centavos; por

la noche, pasadas las diez, tiende su catrecito al lado del de Bepo, y entre latines y bostezos se queda el buen señor profundamente dormido.

Un día fué llamado por la curia; se necesitaba un sacerdote para un pueblo de campo, y como la escasez de clero impedía mandar verdaderos oradores para la semana santa, pensaron en lo único que tenían, en el padre Giacomo.

—*Ma, signore mio, io non posso senza profonda affliczione accettare, la lingua, signore, per una parte, è la mia ineptitudine per l'altra, privanno de far sua complacencia.*

No hubo escapatoria; no atendieron á razones, y el padre Giacomo á los quince días, después de pasar noches de insomnio, subió al tren con dirección al pueblo de campo donde lo esperaban con ansia, creyendo llegaría un orador regular para aquella semana santa.

Llegó por fin el jueves santo, y al padre Giacomo se le ató un nudo en la garganta; el pobre señor temblaba de miedo ante la idea de predicar; había estudiado el sermón, pero como su mollera estaba endurecida, no quedaban impresos en ella los largos párrafos, y pensando en lo que pudiera acontecerle, le venían sudores fríos.

Al tiempo de recibir la bendición del párroco para subir al púlpito, pidió de todo corazón fuerzas al Altísimo, que vino en su ayuda, sacándole de los continuos atolladeros en que su poca memoria le ponía durante la oración sagrada, que producía risas mal contenidas por la falta de pronunciación y los graciosos *calambures* que salían de sus labios de la manera más inocente: cundió en el acto la noticia del sermón, y al día siguiente la iglesia se encontraba llena de bote en bote, ansiando oír al padre Giacomo y gozar con sus torpezas: el desgraciado

señor no sabía ni jota del sermón de agonia; antes de salir de la sacristía le dió un mareo; luego, pálido como la muerte, empezó á temblar, y á duras penas pudo subir la escalerilla del púlpito.

—*Igos mios, sono molto atribulato per non potere predicare; pero ya que Dio vole congregaros en la sua casa, farè una explicazione de los mandamentos de la lege de Dio.* En esto sacó un catecismo y principió á explicar el noveno mandamiento; mas como no tenía facilidad de expresión, el pobre padre se quería morir de pena y de vergüenza, y se pasaba el pañuelo por la frente y tosía con frecuencia; pero nada, el Espíritu Santo no descendía á su cabeza.

—*Non deseare la muquere del prochimo, é un gravissimo peccato intentar la muquere aquena, porque la muquere... ma digo, que la muquere aquena!...* De aqui no pasaba nuestro pobre Giacomo; atarugado hasta más no po-

der, su cabeza se desvanecía, el sudor frío inundaba su frente y la iglesia empezaba á dar vueltas para él: haciendo un soberano esfuerzo, intentó seguir. *E non deseare la muquere del prochimó!*... Se afirmó en la barandilla y cerrando el catecismo y con voz compungida, terminó diciendo á los fieles:

—*Un altro dia nos dedicaremos á esto, per que hoy non tengo forza suficiente*, y echó una bendición y tambaleando bajó del púlpito: aquel mismo día, sin dar parte á Dios ni al diablo, tomó el portante y se vino á Buenos Aires, advirtiéndole á la curia que no podía meterse él en aquellas honduras de predicar, porque solamente estudió tres años de filosofía y dos de moral, jurando *in pectore* no subir al púlpito aunque lo emplumaran, contentándose con el estipendio de costumbre y los funerales que nunca faltan.

El clero ilustrado, y sobre todo el espa-

ñol, tiene allí porvenir, pues aparte de la consideración social, consigue en pocos años labrarse una fortuna, que en otros países es de todo punto imposible el crearse.



VIII.

UN TENOR DE CAFETIN

Cuando me invitaron por primera vez para ir al café cantante, recordé en el acto un café de este género donde en mis tiempos de estudiante solía pasar ratos deliciosos: era el café de mi juventud á que yo me refiero un espacioso salon bajo de techo y no muy bien alumbrado, donde lucian sus habilidades unos á manera de artistas más tronados que arpa vieja; les acompañaba un pianista melencólico que se balanceaba en su

asiento sin poderlo remediar, de una manera grotesca, siempre que salían á relucir las melodías de Pepa la Castañera, ó el bandido de Sierra Morena; al aparecer los trahumantes cantantes vestidos de contrabandistas, con sendos trabucos naranjeros al brazo, se armaba una batahola de todos los diablos; las copas se chocaban con estrépito, las manos palmoteaban furiosamente y los bravos y los hurras duraban hasta que el animado cantor con unas patillas de hacha que no había más que pedir, avanzaba carraspeando para retirar la *secrecion gallinácea* que le atascaba la garganta, y allí largaba áspero y duro un trozo de música patibularia de á real la hora que era recibido con un entusiasmo indescriptible. Le seguía una andaluza de grandes rizos en las sienes, enorme moño y descomunal peineta, ostentando un vestido lleno de volantes y alamares y con un escote por el cual se dejaba ver un

pedacito de gloria, que ya ni para un remedio podemos encontrar: con voz carrasposa entonaba unas malagueñas y sevillanas, que ponían los pelos de punta como si su porte y sus maneras indugieran corrientes eléctricas de gran tensión.

Concurriamos al café aquel una *turba multa* de estudiantes, militares, *paseantes en corte* y alguno que otro empleadillo de poco sueldo, que por un real de vellon pasábamos la noche ahitándonos en aquella atmósfera asfixiante.

Cuando me invitaron á ir al Pasatiempo, creía encontrar un género así como el de mi tierra, y aquellos tiempos en que dos pesetas eran realmente un dineral digno de tenerse en cuenta: pero me llevé un solemne chasco con el dichoso Pasatiempo, al observar que el local es un desierto páramo al aire libre, donde vegetan unos cuantos eucaliptus, debajo de los cuales están asen-

tadas unas malas mesas y sillas de paja, y en el fondo, un teatracho bajo de cara y estrecho de quijadas, con un abigarrado telón lleno de anuncios, máquinas de coser, cerveza Biecker, aperitivo de no sé quién, galletitas Bagley y *tutti quanti* espécimen norte-americano: los contrabandistas son aquí perrunos cantantes de frac y clak con ligeras escepciones; las andaluzas están convertidas en voluminosas francesas de boca de buzón ó escuálidas intergecciones; la melena del pianista está convertida en batuta de espeluznante murga, y la canción de Pepa la Castañera en un *Voulez-vous* ó un *spirto del cuore*, ó ya por un raspante *yo quiegrrrro vej la lu* con acompañamiento de castañuelas.

En cuanto al públlico, ¡oh! el público es de lo más *chichón* y bullicioso que puede haber en Buenos Aires; gente del *high-life* de zambullidora y zapatón, empleados en Aduana, registros y crecido número de comer-

cientes, con la terne tropa de los escritorios; el bello sexo lo representan coristas rezagadas ó bailarinas invernadas, sin que falte alguna que otra traviata, y gente de aguja en busca de cena y colocación.

—El tenor don Francisco Solomino, me decía un amigo al presentarme á un afligido personaje que con una cara dificultosa, todo se volvía genuflexiones y reverencias á cual más estrafalarias; el señor es el tenor que debuta esta noche en el Pasatiempo.

—Mucho gusto, señor, mucho gusto en conocerlo, contestaba yo al alargarle la mano.

— *Io sonno cantato molto tempio in Italia la mia patria*, decía con aire de arrogancia el artista, atusándose un bigote á lo Vitorio Emmanuele.

—Entonces tendremos el placer de escucharle esta noche; no faltaré, se lo prometo.

—*Mille grazie, signore, mille grazie, ex-*

clamaba, tornando á las reverencias anteriores.

El artista Solomino, como he dicho, era un personaje afligido, ojos chiquitos, cejas arqueadas y vellosas, pómulos deprimidos, y retraídas constantemente las comisuras de los labios como en preparación para llorar; grandes melenas entrecanas, larguirucho y algo cargado de espaldas; su edad frisaría en los cuarenta y cinco años poco más ó menos.

Nos contó grandezas; habia cantado con las primeras notabilidades europeas, *hacia furor* en *Favorita*, y solo por salud, solo por recomendación médica habia arribado á Buenos Aires donde estaría un mes á lo sumo, pues tenia *escrituración* para cantar en Roma, y no podía faltar á su honrada palabra.

—Magnífico!.... magnífico! exclamé yo, cuando hubo salido; esta noche al Pasatiem-

po, que se va á hacer célebre por esta adquisición; nada menos que con un artista contratado en Roma!!!

Cuando yo tomaba la entrada, oía el susurro de las conversaciones, las palmadas al llamar á los mozos, el ruido al destaparse las botellas de cerveza, y ese confuso rumor que indica la aglomeración de gente: al penetrar en el patio se veía un hervidero de cabezas que se movían cual encrespado oleaje al rededor de las mesas, sobre las que sacudían los bastones haciendo un ruido seco y estridente en señal de impaciencia, al que sucedía un nutrido palmoteo, mientras yo iba y venía en busca de asiento, que por fin pude encontrar cuando empezaba la orquesta la sinfonía.

Sonó la campanilla y como por encanto cesaron todas las conversaciones; se podía oír el ruido de un mosquito; iba á salir el tenor tan decantado en los cartelones y que-

dar satisfecha la curiosidad del público; unos se afirmaban en los asientos, otros apuraban aceleradamente los vasos de cerveza, y quien más, quien menos, aguzaba el oído disponiéndose á escuchar algo bueno; muchos estaban preparados para recibir al artista con grandes palmadas, y al tiempo de salir éste, las manos quedaron inmóviles y suspensas al ver aparecer con mesurado continente una escuálida figura, á la que sin poderlo remediar se le caía el frac por la espalda como protestando de alguna profanación.

Después de una profunda reverencia del artista Solomino, se adelantó verdinegro al público, tomando aliento, y con la cara más compungida que se ha visto en Buenos Aires desde el año de la fiebre amarilla, principió el *spirto gentil* de *Favorita*, con una entonación tan estraña, que el público, sin poderlo remediar, prorumpió en estruendosas carcajadas; mientras mi hombre, puesta una

mano en el corazón y accionando desafortunadamente con la otra, pretendía dejarse oír, aunque inútilmente; su escasa voz se perdía entre las muestras de hilaridad del Pasatiempo. Solomino, turbado y sin saber lo que se hacía, quiso hacer un *tour de force* y el pobre largó un prolongado gallináceo que dió al traste con todo: empezaron los gritos, los berridos y el alboroto de platos, bandejas y botellas, y no hubo más remedio que suspender la pieza á las reiteradas voces de ¡fuera! ¡fuera!.... Al retirarse Solomino todo avergonzado, no veía el pobre hombre, porque dió con las narices contra un bastidor, lo que aumentó la gritería y el bullicio. Pasé á verlo, condolido del fracaso, creyendo encontrarle mustio y abatido, y no fué poca mi admiración, al observarle, sacudiendo las melenaş todo irritado y pagado de sí mismo.

—*E un público bestia, veramente bestia,*

que non sa distiguerre il vero canto, la vera scola di canto!....

Horrorizado me retiré al escuchar á Solomino, filosofando sobre los efectos del amor propio.

Pasaron unos meses y ya no me acordaba de Pasatiempo ni de Solomino, cuando mi hombre se me presenta brindándose...

—¿De qué, señor? preguntaba yo, creyendo que trataba de dar lecciones de canto.

—*De cusinero, signore, de cusinero.*

—¿Canto del cocinero? ¿qué demonio es eso? decía yo sin comprender.

—*Que io sonno cusinero, é vengo á conchavarme*

—¡Vaya, hombre! al fin podrá usted hacerme algunos pasteles á la *Favorita*. Arreglamos precio y desde entonces lo tengo de cocinero; muy especial para batir huevos al compás del *spirto gentil* que destroza todos los días de Dios, haciéndome recordar la noche famosa de su espléndido *debut*.

IX.

UN HIDRÓPATA.

Soplaba el pampero que era un contento; en un decir Jesús limpió la atmósfera de los húmedos vapores que la inundaban, dejando un cielo trasparente, como diáfano cristal teñido de azul: el pavimento quedó seco, y solo las narices de los porteños y de los que no eran porteños tambien, se humedecían insolentemente á impulsos de los primeros estornudos que eran los heraldos del romadizo, hacía un frío de órdago; en aquel

día asomaron los abrigos forrados, y los guantes peludos; raro era el que por curiosidad se detenía en los escaparates de las tiendas y bazares; todos caminaban á paso largo porque el día no estaba para bromas: principiaba el invierno algo prematuramente, pagando el pato de este bromazo las orejas y la punta de la nariz, que son por lo general los apéndices descuidados en esta estación.

Hacia como media hora que estaba sentado en mi escritorio, pasando revista á los periódicos europeos, fijándome en las crónicas, sin hacer alto en los largos artículos de doctrina, que más propios son para cuando uno desea ser interrumpido. Solo habían acudido á bañarse dos individuos, especie de patos, que, transformados en anfibios, solo están en su verdadero elemento cuando se bañan, aunque caigan chuzos de punta.

—¿Se puede?...

—Adelante, señor, adelante; tome usted asiento.

El recién llegado era un tipo de sacristan de lo más puro que yo he conocido: bajo de estatura, estrecho de cuerpo como una sardina anchóa, de cara flaca y arrugada, con dos á manera de patillas á lo José Romero; estirado el cuello y estrecho de pecho; su fisonomía era algo compungida, con un saborcillo á unción sacristanesca ó cosa parecida: tendria el cliente como sus cincuenta otoños bien llevados por cierto, pues estaba apergaminado.

Su traje tambien revelaba algo de cirial é incensario; chaqueta negra, chaleco negro, pantalón ancho y negro, y corbata negra, y sombrero negro, y hasta el cerco de las uñas estaba también demasiado negro.

Este señor como supe despues, era un pobre trabajador del campo: de la provincia de Logroño, que cansado de trabajar mucho

y no ahorrar nada, se fué á Buenos Aires á la de *Dios es grande*, es decir que cayó como un areolito en el país, empezando por ser peón de una Chacra y ganando sus veinticinco duros mensuales, casa y comida.

Al poco tiempo y cuando hubo ahorrado algunos reales hizo ir á su mujer y á un hijo que tenían, y trabajando con ahinco, y á fuerza de economía, condicion indispensable de todo el que allí pretenda hacer una fortuna, lo tenemos ahora hecho un hacendado en el campo, cuidando cinco mil ovejas de su propiedad y cultivando una quinta extensa de la que saca pingües ganancias.

—¿Usted es el *Dotor* de la casa? me decía, echando una oblicua visual hácia el sitio donde yo estaba.

—Para servir á Vd., le contesté yo, dejando el periódico que habia estado leyendo.

—Pues yo vengo á tomar baños, decía levantándose del asiento y acercándose á mi

escritorio. Si, señor, tengo humores y el *Dotor* del pueblo me ha recomendado á esta casa.

—Perfectamente, señor; veamos si Vd. puede tomar los baños.

—¡Pues ya lo creo que puedo tomarlos! A Dios gracias, aunque trabajador, no me falta un pedazo de pan.

—Si no es eso, señor, le decía yo conteniendo la risa.

—Es decirle, proseguía él, que estoy pronto á pagar lo que sea, pues á mi me gusta cumplir con todo el mundo y más en estas ocasiones que...

—No me ha entendido Vd., interrumpí yo, viéndole que seguía en sus trece: lo que yo necesito saber, es si Vd. puede tomarlos, viendo lo que Vd. tiene.

—No me faltan para el caso cinco mil ovejas.

—¡Pero bendito de Dios! quiero decir la enfermedad que Vd. padece.

—Vaya, hombre, yale he dicho que humores.

Yo reventaba de risa ante tan cómico personaje, observándole, nervioso y atufadillo, accionar vivarachamente, y volviendo otra vez á sus cinco mil ovejas; despues de un rato en que me hice comprender, principié á reconocerle.

A cada parte que yo inspeccionaba, se volvía hácia mí con esta retahila: *La caja está sana, sólo tengo los humores: Por ahí no hay nada; hé sido hombre sano.*

—¿Y no ha tenido...? preguntaba yo con naturalidad.

—¿Quién? ¿yo? en mi vida, ni esto, contestaba nervioso, haciendo sonar en los dientes la uña del pulgar derecho.

—Bueno, puede Vd. tomar sudación, ahora.

—¿Sudores, eh? así me digeron que salen los humores del cuerpo. Y aunque sea mala pregunta, ¿es usted español?

—Para servir á Vd., contesté yo.

—¿De qué tierra?

—Dé la tierra del pimiento.

—¿De la Rioja? de allí soy yo también!... tal vez haya oído Vd. mentar á «Chabarra» el de Nalda.

—No me acuerdo, señor.

—Pues yo soy para servir á Vd. ¿Y dónde puedo tomar los sudores, paisano?

—Venga conmigo, que yo le enseñaré.

En un cuarto de sudaciones dejé á mi cliente custodiado por un ayudante, para que me avisaran cuando estuviera listo para la ducha. Trascurridos que fueron unos ocho minutos, pasé á verlo y observando que sudaba abundantemente, traté de pasarlo á la sala de duchas.

—¿Cómo dice, paisano?

—Que ahora le daré yo mismo la ducha.

—¿Ducha ha dicho?

—Si, hombre, una ducha de agua fría.

—¿De agua fría? ¿Está Vd. en sus cinco sentidos, hombre? me decía en el colmo del asombro.

—Si, hombre; venga y verá lo agradable que es; no tenga cuidado.

—Todo lo que Vd. quiera, pero eso de mojarme el cuerpo estando sudando... eso no lo piense, paisano, porque yo no me mamo el dedo.

—¡Vaya, hombre! no sea terco: mire que está ya demasiado con la sudación.

—¿Pero Vd. habla de veras? ¡No señor! yo no recibo agua fría, pues de tanta mojadura es que me han salidos humores.

Me costó un triunfo el convencerle y casi á viva fuerza lo pasamos á la sala de duchas: allí, cuando se le quitaron las frazadas y pisó el frío pavimento, principió á protestar energicamente, y como el tiempo apuraba para refrigerarlo, le solté una ducha movible porque ni rey ni Roque le hicieron acercarse

á la lluvia y, entre ternos, suspiros y brincos recibió la mojadura, y si no hubiera estado yo armado con el arma acuática que tanto le asustaba, capaz hubiera sido de darme un golpe que á la verdad no me pareciera muy bien.

Quedó perplejo después del agua fría, y luego de vestirse, se acercó muy sério á mi escritorio.

—Dígame Vd. lo que le debo, porque yo no tomo más sudores; es decir, el agua esa que me ha dejado helado, porque Vd. debe comprender que ya estoy duro para pasado por agua.

No pude convencerle, y salió del Establecimiento echando pestes contra el agua y quien la inventó.

No hace muchos meses que le he visto incidentalmente recorriendo la exposición de Barcelona acompañado de su mujer, quienes me dijeron que habiendo dejado al

hijo el cuidado de la quinta se habían venido á España para con todo sosiego y calma, pasar el resto de sus días al calor de la patria, sin que nada pueda faltarles: todavía se acuerda de la ducha con horror.



X.

EL OBRERO ITALIANO.

Puede decirse, sin temor de equivocarse, que la América es de los obreros; reúnen estas condiciones precisas para que así suceda, y en realidad así sucede: la mayor parte de la propiedad urbana de Buenos Aires es de italianos, se les ve á muchos con los aros en las orejas que llevaron al país; se conservan artesanos, poseén casas, tienen pingües rentas, han atesorado un capital, y permanecen humildes y hasta cierto punto

tacaños sin poder salir de su primitiva posición.

Si les preguntamos, nos dirán que llegaron para trabajar en una chacra ó quinta, que salieron de allí y empezaron á ser peones de albañil ganando dos nacionales y ahorrando uno y medio, milagro que hacían con solo comer pan, algo de queso y agua; y dormir en comandita seis ú ocho en una habitación.

Ellos nos dirán que la economía y el trabajo incesante es el seguro talismán de la fortuna en todos los países, pero más particularmente en la República Argentina. Estando el obrero sustraído á los gastos, que podemos llamar sociales, y atendido á un sueldo que no baja para los más ineptos de dos duros, fácilmente se comprende que en pocos años se encuentre con un capitalito que bien colocado le forma insensiblemente su fortuna.

El obrero español no hace los milagros que el italiano, no tiene aquél los hábitos de economía que éste, el español no fustiga su cuerpo, ni pasa necesidad, ni frío, ni duerme incómodo por ahorrar todos los días medio duro de más: le gusta la comodidad, *no engaña á su estómago*, y si bien es la verdad que no hace tan pronto la fortuna, ni éstas son tan frecuentes, no por eso dejan de verse maestros constructores en su mayoría catalanes, que empezaron por ser peones, y que con solo la economía disfrutan ahora de una posición real y efectiva.

Por curiosidad tuve ocasión de ver el manejo de los peones albañiles en una obra de importancia, y en cuya demolición había varias cuadrillas de italianos.

*
* *

Los restos del antiguo fuerte de Buenos Aires, que sirvió de base para la gran ciudad de Plata, el legendario edificio construido por los que fundaron con su arrojo la primera ciudad á orillas del caudaloso río, aquél antiguo baluarte que vomitaba mortífero plomo contra los invasores ingleses, haciéndoles retroceder varias veces; aquel viejo testimonio de otros tiempos heroicos se estaba demoliendo sin piedad, ni consideración; la piqueta del obrero penetraba en sus entrañas derribando muros y paredes, techos y basamentos siguiéndose incansable la obra de destrucción, hasta terminar el derrumbe de la vieja mole que había presenciado la evolución de la sociedad porteña, las glorias de su pueblo, el doloroso martirio durante la tremenda tiranía, hasta su preponderancia actual: estaba condenada á morir, y la ejecución se llevaba á cabo con saña y furor, pues ya esperaban

los modernos materiales para formar columnajes y cornisamientos aéreos y atrevidos, arcadas elegantes y todo lo que constituye la grandiosidad arquitectónica en el día.

La bajada de la plaza estaba casi destruida con la cantidad de carros que ejecutaban la carga y descarga de los materiales; los napolitanos desastradamente vestidos unos repasaban ladrillo quitándoles los pegotes de la antigua mezcla y colocándoles en desiguales pilas, mientras otros cantaban monótonamente al contar el ladrillo que pasaba de mano en mano hasta llegar al gran rimero: éstos apartando los escombros para dejar limpia la esplanada, aquéllos balanceando tabiques que por fin se derrumbaban con estrépito, y todos á porfía con el sério edificio, que oponía heroica resistencia con su sólida construcción.

El polvo se desparramaba en confuso torbellino, como las revueltas espirales de humo

que al salir de grande hoguera recibieran una oleada de viento: por intervalos, edificio y obreros quedaban envueltos en la densa nube, hasta que poco á poco aparecian las confusas siluetas de sus cuerpos empolvados, y dejando al descubierto la desgarradura de la casa en designales junturas, y el montón de escombros en el suelo, dispersos en informe mezclanza, el papel pintado y el trozo de fresco, junto al desnudo ladrillo, el revoque al lado de la alfajía, y el pedazo de contramarco encima de un trozo de rosetón.

Mientras uos obreros se avalanzaban á limpiar los ladrillos para sacar el material aprovechable, otros se dirigian impávidos á otro panel para con igual saña voltearlo al suelo hasta concluir la tarea, al mismo tiempo que los restantes acercaban las carretillas para retirar el escombros.

Aquel organizado cuerpo devastador no

se cansaba de destruir, rechinaban los ejes de las carretillas al conducir la pesada carga, el pico y la pala producían acompasados golpes, oyéndose de rato en rato el estruendo que causaba un tabique ó un panel al chocar contra el suelo, no cesando ni un momento el metálico sonido de la acerada cuchara que quitaba los pegotes de mezcla á los ladrillos enteros que se apilaban en simétrico montón.

Se estaba en la obra de embellecimiento de la casa de Gobierno, para hacer de la antigua *Casa Rosada*, el suntuoso palacio que hoy ostenta su frente á la gran plaza de la Victoria.

Entre las cuadrillas de obreros que trabajaban en la obra, era una de ellas la de Giusepe Caterini, lombardo empeñoso y trabajador incansable que tenía á su cargo veinte napolitanos tan cachacientos como avaros á quienes vigilaba constantemente trabajando entre ellos como el último peón.

Giusepe había regulado las *tomas* de agua, las encendidas de pipa, y hasta la satisfacción de las necesidades naturales, cosas las tres, que muy bien sabía, son el pretesto para araganear y esquivar el trabajo; había organizado su cuadrilla con toda previsión, y daba sus pequeños ratos para empujar el balde á la regadera, encender las pipas y demás..... sin que el trabajo se resintiera por la falta de brazos; ningún peón llegaba tarde á la obra porque sabían de antemano que habían de tener el descuento consiguiente aunque fuera por cinco minutos, y trabajaban desde el amanecer hasta que el relój del Cabildo diera las doce campanadas, entónces quedaba el pico enclavado, la pala metida en los escombros y la carretilla á medio llenar.

Sentados sobre los ladrillos ó sobre las asperezas de un muro derruido, sacaban su pan y su pequeño pedazo de picante queso,

el que cortaban poco á poco en delgadísimas hojuelas para engañar la mascada, y entre bocado y trago de agua, no muy limpia que digamos, se concluía la ración: entre garraspeos y eruptos encendían la pipa, y se tendían por último cuán largos eran en el suelo, esperando boca arriba diera la una para otra vez volver á la tarea hasta el anochecer: entónces, arrebatando algunas astillas ó clavos, ó cerraduras, ó lo que á mano se encontraran, dirigían sus pasos á la *pieza* del conventillo donde anidaban ocho ó diez, para comer en rueda una sopa de fideo ó una *polenta*, y después tirarse en el suelo en informe montón algunas veces, para tener más tarde que intervenir con la comisión de higiene del distrito que no tarda en dar con los focos de infección.

El capataz Giuseppe Caterini ponía á buen recaudo los útiles del trabajo, encerrando bajo candado las carretillas, palas, picós,

martillos y serruchos sin olvidar el balde ó regadera, y después de hacer el atado de tablas y desperdicios más importantes que habían aparecido en la labor del día, lo cargaba en las espaldas del peón más jóven y lo hacía llevar á su fondín, donde tomaba la sopa de fideo y el plato del *revuelto*, es decir, la mezcla de carnes de asado, bifes, puchero, y guisos que sobran en la comida y que constituyen el plato barato y confortable del fonducho para los trabajadores de alguna importancia como son los capataces contratistas, como Caterini.

Este Giuseppe creció á la sombra de la hortaliza en su pueblo, y á ella estaba entregado cuando marchó al ejército del que regresó á los pocos años para volver á cultivar escelentes lechugas y voluminosos repollos, y en esta ocupación pasaba tranquilamente el tiempo, hasta que un agente de inmigración le acarició sus oídos con ten-

tadoras proposiciones, y pronto dejó la azada y partió para Buenos Aires desembarcando en la Boca del Riachuelo.

*
* * *

En una de tantas colonias agrícolas de la provincia de Santa Fe empezó á trabajar ganando un buen sueldo, y asombrándose al ver la profusión de altas parvas de alfalfa, los grandes depositos de trigo, maiz y linó; las maquinarias que surcaban el campo para todas las faenas, y el teje y maneje de una colonia que tenia su ramal de ferro-carril hasta el puerto, donde constantemente cargaban los buques el producto de su riqueza.

No viendo allí la pronta realización de sus ensueños, y llevado de su carácter atrevido, dejó la agricultura donde el adelanto

si bien seguro, lo veía algo lejano, y se plantó en la ciudad del Rosario donde entre baldes de barro, y serruchando alfajias y tirantes, lo iniciaron en la albañilería con un diario de dos pesos nacionales: enterado del manejo y aspirando otro puesto, aprovechó la demanda de obreros para las construcciones de la fantástica ciudad de la Plata, y allí voló el amigo Caterini para debatir como *cuchara* y ganar cuatro nacionales como un artista, y por allí anduvo de andamio en andamio hasta que con algún fondo empezó á contratar pequeñas cuadrillas y hacer el negocio por su cuenta y razón, hasta conseguir la importante contrata del derribo de la *Casa Rosada*, que le dejará con seguridad algunos miles de duros sin contar con su trabajo.

Firme en sus propósitos, solo por la tarde come en el fondin, contentándose por la mañana con un pedazo de salchichón y

queso; los días festivos por la tarde se reúne con algunos paisanos, y entre copas de vino, queso y aceitunas, pasan hasta que llega la noche, para puntualmente acudir á la lógia *Laborø*, y allí tratar de la fraternidad humana con toda formalidad y religioso respeto.

Caterini daría algo de sus ahorros por figurar en el consejo y llevar en alguna exhibición pública el estandarte de la logia, porque ya ha notado la íntima satisfacción que le produce llevar la bandera italiana de *Mútuo Rispetto* y hácerla ondear por las calles de Buenos Aires con un fervor patriótico del que ni él mismo se daba cabal cuenta.

Todas sus aspiraciones las condensa en reunir un capital para regresar á su pueblo y ser el más importante personaje de él, aunque mucho me temo que no verifique el viaje solo, porque los expresivos ojos de las criollas suelen con frecuencia trastornar á los Caterinis.

A estas fechas, ó mucho me engaño, estará el buen Giusepe enseñando á sus hijos argentinos los deliciosos panoramas del *Lago di C6mo*, y mostrando á su esposa las bellezas de Italia.

Quien como 6l persevera en el trabajo y reúne condiciones tales, bien merece la fortuna y el premio de regresar á su patria.



XI.

EL ATORRANTE.

Cuando hace unos seis años, la administración de las aguas corrientes de Buenos Aires, tuvo necesidad de estender una nueva cañería de grande capacidad para atender á las necesidades cada vez mayores del municipio, se encontró en el ámplio depósito de caños de hierro con unos estraños séres que habían allí anidado como si fueran reptiles, séres que solo habían dejado ver su silueta á la policia en las altas horas de la

noche al tiempo de registrar los cajones de la basura, que en el dintel de las puertas se dejaba para que el servicio de la limpieza los llevase bien temprano.

Al aparecer estos extraños personajes que nadie conocía, que la autoridad no podía en ley ponerlos á la sombra porque no ejercían la mendicidad; que acudían á un convento para saciar el hambre; y que pasaban huidos por las calles menos transitables llevando tras de sí la turba de pilletes que los fustigaban sin piedad; la atención pública se fijó en ellos con extrañeza, la prensa se ocupó estensamente, y un escritor chispeante los bautizó con el nombre de *atorrantes*, sinónimo de vagabundo, aunque esta palabra no espresase fielmente el significado de *atorrante*, que de uso frecuente ya en el país, se dá al que en nada se ocupa, al que nadie sabe como puede vivir sin trabajar, ni llenar sus necesidades, siendo ahora también corriente

emplear el verbo atorrar, por la espresión de matar el tiempo, holgazanear, ó como *el dolce far niente* de los italianos.

Estos infelices, los atorrantes, son los que por retrogradación social forman la escoria ó sedimento de la última capa: ellos han ocupado por lo general buena posición, y de vicio en vicio, llegan hasta el estado obtuso en que lástima dá el verlos.

Los hábitos de la holganza y de los alcohólicos ejercen una poderosa atracción hácia el *atorrantismo*.

El más típico ejemplar atorrante ha sido Athón, popular en su clase; éste desdichado sér, inglés de origen, fué á Buenos Aires niño aún en un buque de vela, se dedicó al comercio y en la flor de su edad se encontraba dueño de una fortuna, que sabía lucirla en la sociedad: aficionado á los alcohólicos, y permaneciendo soltero, llevaba una vida alegre donde no escaseaban las sa-

turnales, privando por su carácter y liberalidad entre la gente de *vida fácil*. Un desastre mercantil le hizo declararse en quiebra y desde allí dá principio su calvario; entregado á la embriaguez para sustraerse á los efectos de su desdicha, empezó á conocer todas las comisarías de policía, donde por lo general pasaba las noches en un estado miserable: se sucedieron las estafas, luego las raterías para saciar la sed y pocas veces el hambre; estuvo mezclado en un crimen pasando algunos meses en la cárcel, y el pobre hombre escapando de las garras de la policía llevaba la vida errante entre los fonduchos, confundido con meretrices y marineros, artesanos perdidos y gente vagabunda, ocultándose en los huecos y llegando poco á poco al pudridero social, á los caños de las aguas corrientes en el bajo de la Recoleta, donde cubierto de harapos, plagado de miseria y aterido de frío, arrastraba su exis-

tencia como casi todos los demás, entre los vapores inmundos del alcohol que les ponía en condiciones de sobrellevar aquella clase de vida.

La sociedad de los caños carecía de organización propiamente tal, pero allí había también sus preferencias, y allí se desarrollaban dramas de celos, de rivalidad y de perfidia como en toda agrupación.

Los más antiguos que conocían el mecanismo tenían derecho de elección entre las espantables furias que bajo forma de mujeres ocupaban los caños constantemente borrachas.

El que todavía no sentía los efectos del *Delirium Tremens*, miraba con desdén al que se revolcaba entre babas y secreciones alcohólicas, así que se podían dividir en dos clases los *atorrantes* de aquellos caños, los que caían bajo el peso de sus vicios hasta el *delirium*, y los que por eludir la acción

de la autoridad se confundían con los otros y así vivir en completa independencia.

Los unos podían salir á todas horas en busca de bebida y de alimentos, y los otros acosados por el hambre, se retorcian en los caños esperando la noche para ir á registrar los cajones de basura y sacar de ellos la comida, simulando deformidades para no ser en ningún caso reconocidos.

Athón ya salía al mundo arrastrándose como un gusano y llevando encima de sus espaldas los guñapos con que abrigaba su cuerpo en los caños de hierro: cruzaba lentamente el bajo y venía á caer á la trasera del convento de Santo Domingo donde saciaba el hambre: cuando caminaba encorvado bajo el peso de sus harapos y de su degradación, no sentía ya envidia ni aspiraba á salir del pozo en que había caído; gozaba sibaríticamente de la tranquilidad que disfruta todo aquél á quien el mundo tiene

olvidado ó dá por muerto; ya no tenía que ir huyendo hasta de su sombra, viendo un enemigo en cada persona, y presintiendo á cada instante el calabozo: ahora saturado de caña, entre guiñapos é inmundicias, pasaba la vida pacíficamente, siendo un miembro importante de aquél mundo extraño para dirigir una ratería sin riesgo.

Ni siquiera pensaba ya en el mundo en que brilló, en el que tuvo aspiraciones, creía de buena fé que le habían enterrado hacía muchos años, y que por trasmigración ó cosa por el estilo, se hallaba convertido en atorrate de los caños; así de esta suerte nada le importaba del mundo con tal de seguir disfrutando de la tranquilidad de su agujero.

Durante el sueño mitad alcohólico, en lugar de soñar con amenos sitios, disfrutando delicias y holgura, harturas y goces como era justo que su espíritu apeteciera, soñaba

con la posesión de un montón de caños, sin que nadie osara reducir su dominio ni á acumular la miseria que bullía por aquellos sitios: su alcoholizado cerebro lo trasportaba cuando más, á la trasera de Santo Domingo donde engullía sólo las piltrafas y devoraba los sobrantes de la comida conventual, saciando después su sed en una enorme pipa de caña, donde caía beodo nadando en ella hasta quedar atolondrado y sin sentido.

*
* *

El convento de Santo Domingo repartía los sobrantes de la comida á los pobres que acudían siguiendo la tradicional costumbre de la órden; los *atorrantes* que podían acudir estaban de parabienes porque allí saciaban el hambre cada veinticuatro horas;

los saturados de alcohol acudían sin falta, pero los que todavía no estaban empastados, es decir, con el pelo apelotonado por la roña, la barba muy crecida y cerdosa llena de mugre que les ocultase como á un oso sus facciones, los que conservaban los rasgos de su fisonomía y tenían cuentas pendientes con la autoridad, éstos eran más desgraciados, no podían salir, y si se aventuraban á ello acosados por el hambre, entónces, ó se empastaban un ojo, ó se embadurnaban el rostro, y simulaban claudicaciones ó jorobas como aquéllos célebres caballeros de la *córtte de los Milagros* de quien nos habla Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París*.

Athón, cansado de revolver cajones y comer carne putrefacta, ya salía á comer á Santo Domingo, no era posible que se le reconociera, no precisaba empastarse, el alcohol lo había hinchado bofamente, y su cuerpo encorvado habia cambiado de forma;

su cabellera y barba entrecanas estaban apelotonadas por la baba y la mugre, formando gruesos mechones tan repugnantes como hediondos; á las once de la mañana llegó á la trasera el último día que yo le ví, ya estaba atestado el sitio de personajes parecidos, que sin duda habían vomitado los caños; en este sitio especie de esplanada que dá acceso á una calle cortada, se depositan las inmundicias y guiñapos del barrio, suelas y fragmentos de botines rotos, pedazos de sombreros, arcos de barrica, cajas de conserva, latas oxidadas y multitud de desperdicios propios de lugares escusados como aquel: á esta calle cortada tiene abierta el convento una puertecilla, especie de albañal de la repostería, por donde salían los desperdicios de la mesa, huesos y espinas, trozos de carne, pedazos de pan, sobrantes de sopa, todo ello en informe mezcolanza.

Al sonar las doce, se recorrió el venta-

nillo de la puerta, y la gusanera que obstruía la calle empezó á agitarse, dirigiéndose en apretado montón y atropellándose para recoger la ración cuanto antes.

El lego Mateo, descansando los cortos brazos en el repleto abdomen presidía el reparto que hacía un ayudante limpia-plateos con toda igualdad y presteza.

Los atorrantes avanzaban las manos con un tarro ó con una lata sùcia, ó un trozo de periódico, y una vez pronta la ración, se retiraban penosamente entre los empellones de sus compañeros, pero con la precaución de asegurar con los dientes la presa que hubiesen tenido la suerte de atrapar, temerosos de la acometida de algun famélico.

Unos gritaban como energúmenos dando codazos y recibiénolos, otros juraban cuando solo les había tocado mondados huesos con los que apedreaban á los demás, y todos devorando aquellos desperdicios con la avidez

que presta el hambre de veinticuatro horas.

Athón después de abrirse paso á codazos, avanzó la mano con una lata roñosa, y al retirarla rebosando hilos de fideos mezclados con espinas de Pejerey y trozos de puchero, recibió el empuje de la avalancha que dió con él en tierra, lanzándose sobre su presa como perro hambriento, juraba y repartía puñetazos, y al ver que se había quedado sin ración, metió mano al primer depósito que vió salir por el ventanillo; el verdadero poseedor defendía su presa con furor, y entre los dos se entabló una lucha desesperada que dió con ellos en el suelo; allí, olvidándose de los sobrantes, se magullaban á puñetazos, y armaron tal escándalo, que tuvo precisión de intervenir la policía; como no obedeciesen, ciegos ante la realidad del hambre y de la falta de ración, salió á relucir el machete obligándoles á marchar á la comisaría de la sección, aun-

que ellos pretendían con humildad ya, volver á la esplanada.

—Este tuvo la culpa! decía Athón apuntando al compañero.

El me volteó la comida al suelo!....

—Miente, señor!.... fué él quien me *arrebuiño* la mía!....

—No señor, que fué él!....

—Cállense!.... decía el vigilante amenazando con el machete.

Y cabizbajos fueron conducidos los dos atorrantes hasta llegar á la comisaría, formándose detrás de ellos una comparsa de muchachos vagabundos, y vendedores de periódicos que los insultaban y les tiraban con cuanta inmundicia encontraban á mano.

A los pocos días, el cadáver de Athón descansaba en el anfiteatro del hospital San Roque, se le había encontrado muerto en la calle, en una noche fría; su cuerpo despedía alcohol por todos los poros.

XII.

UN PICHON DE NOTICIERO.

No hace seis meses que el chico afirmaba los codos en una escribanía de registro; allí entró con las miras de hacerse escribano, pero como llevaba seis meses copiando contratos y poderes, visto que no salía de *los testigos abajo firmados á quienes conozco y doy fé digeron*, y cargado de los *otro si expongo á su señoría*, y cosas por el estilo; observando que tenía que apurar algo las colillas del cigarro, pues los paquetes andaban por de-

más escasos; recapacitando seriamente llegó á comprender que necesitaba zapatón y zambullidora, que era necesasio acudir á los *coliseos*, como se ha dado en llamar ahora á los teatros, frecuentar las reuniones, hacerse visible en todas partes donde respirasen media docena de personas, y entrar en el mundo para tomar el *cachito* que en ley y justicia le pertenecía; y para conseguir todo esto no era, la verdad sea dicha, la mesa de una escribanía la más apropiado para lograrlo: esprimió su mollera, y después de una semana de mucho estrujarla, se levantó con aire resuelto, se subió los pantalones con arrogancia, y después de estirarse el gastado *yacket* y arreglarse la negra corbata de 30 centavos, se dirigió al patrón manifestándole que salía de la oficina, porque había encontrado otra colocación más ventajosa.

A los pocos instantes se presentó en una

redacción, sombrero al cogote y despidiendo grandes bocanadas de humo por boca y narices, ansioso por terminar el cigarro que ladeado tenía en los labios.

—¿Se puede hablar con el director? preguntó con desembarazo al primero que encontró.

—Pase adelante.

Nuestro muchacho cruzó un corredor y parándose frente á una puerta que tenía un gran rótulo, tocó con los nudillos de los dedos el vidrio de la hoja que estaba entornada, esperó impaciente y volvió otra vez á golpear y al oír un *adelante*, desde dentro, penetró con algo de timidez. El director estaba abstraído en sus ideas, escribiendo un artículo editorial, separando cuartillas con pasmosa celeridad y dejando grabados unos garabatos que serían más tarde el tormento de los cajistas para descifrarlos.

El pichon, sin atreverse á interrumpir al

director, daba vueltas y más vueltas á su sombrero, miraba el monton de periódicos que habia encima de un confidente, echaba un vistazo por el reducido escritorio atestado de papeles, libros, folletos, medallones de yeso y otras baratijas y por las paredes cubiertas de diplomas de casi todas las sociedades de Buenos Aires, y cuando se hubo hecho cargo de todo, hasta del color que tenían los volúmenes de la biblioteca, se aventuró á sacar del cuerpo cierta tosecilla que bien á las claras queria decir: *Aquí estoy yo, señor director.*

Este comprendió al instante el significado, y levantando la cabeza, sin dejar la pluma, le dijo lacónicamente:

—¿Qué se ofrece, amiguito?

—Yo, señor director, vengo aqui confiado en que V. querrá dispensarme el servicio que necesito de V...

El director, sin esperar más, viendo el

sesgo que llevaba el asunto, mojó la pluma en el enorme tintero, y principió á trazar garabatos febrilmente.

—Siga V., ya le escucho, decia al muchacho, que habia quedado cortado al ver que su perorata no iba á ser debidamente atendida.

Después de un rato se aventuró á presentar su peticion, y al dejar el director la pluma para encender un cigarro, terminó la entrevista asi:

—Entiéndase con el administrador.

Desde ese día tenemos al pichón de noticiero en una redacción, la primera que se les venga á VV. á pelo, pues para el caso es lo mismo. Este mozalvete ha tomado el empleo con calor, es un verdadero *correveidile* de largo paso, que se lleva por delante á todo bicho viviente, husmea en todas las puertas, aspira en las boca-calles, y mete la nariz en todos los corrillos: si ocurre algo

pela la cartera, y en un verbo toma nota; es preguntón hasta la pared de enfrente y por ahí me lo tienen VV. entrando en las oficinas, en los ministerios; y en una palabra en todas partes, como si fuera en su casa! Por supuesto que al acercarse, por ejemplo, á una comisaria preguntando si hay algo, lo primero que saca es su atado de cigarrillos con el que convida hasta al último mono, porque eso sí, es un fumador atroz. No hay casamiento ni bautizo donde él no esté, no importa que nadie le convide; se presenta correctamente vestido y si en la puerta alguien intenta detenerle, se anuncia *el noticiero del diario X*, y entra muy orondo, y goza y triunfa, y se codea con todo el mundo.

Donde tiene algo más de cortedad es en las secretarías de los teatros; entra sombrero en mano, saluda muy cortés, y después de convidar con el consabido cigarrillo á todos los presentes, pide en voz baja la entrada,

y sale despidiendo humo en busca de acontecimientos.

Todo el mundo le fia bajo promesa de un sueltecillo encomiástico en su periódico, y el pobre muchacho sigue coleccionando noticias bien persuadido que no arribará á más en el periodismo Argentino, donde se precisan condiciones de erudición y respetabilidad política ó literaria para ocupar las butacas de una redacción.

El periodismo es allí una institución respetable que exige condiciones de carácter, y conocimientos verdaderos para dedicarse á él: no basta el ligero barniz de erudición, se requieren dotes especiales de rectitud y competencia que todos los días se ponen á prueba en sus candentes trabajos y polémicas. La prensa tiene las principales figuras políticas y sociales de Buenos Aires; allí forma lo espectable y por eso su poder es grande y su consideración inmensa, pro-

bada repetidas veces en graves cuestiones que ha decidido con su peso y su autoridad.

La Asociación de la Prensa, floreciente y joven institución donde figuran todas las inteligencias, es la resultante de su importancia.



XIII.

¡LA LOTERIA DE LA CAPIDALE!

Hará de esto como cuatro años aproximadamente; iba yo ligero como un gamo á las ocho de la mañana, calle Victoria abajo presuroso por acudir á la cita que nos habíamos dado unos amigos, para emprender la marcha á una cacería. Mañana fresquita y viento sur, sin poderlo remediar se enfriaban las orejas y la punta de la nariz, y acordándome de aquella máxima de Aristóteles *Motus est causa caloris*, menudeaba

el paso como si fuera trote castellano, dejando detras de mí á los calmosos barrenderos que, escoba en mano y carretilla al lado, trataban de limpiar el súcio pavimento: los dependientes de tienda daban los últimos escobazos, algunos de los cuales recibia yo en mis pantalones: de las mercerías salía á manera de niebla en otoño, una nebulosidad fuertemente ácre que el plumero estaba retirando de todos los cachivaches; los lecheros cruzaban en sus caballos con los cántaros de lata ya medio vacíos: las *tamberas* sacudían el cencerro monótonamente, caminando todo lo despacio que exige una ubre distendida; y, por último, los repartidores de diarios se internaban al trote en los zaguanes, dejando en cada casa un periódico tirado en la escalera.

Principiaba la vida en Buenos Aires; los tranvías cruzaban en todas direcciones, los coches pasaban rápidos á todas partes, y cual

más cual menos, iniciaba el diario trabajo para sacar limpio y mondo el *pucherete*.

Al llegar á la esquina de Perú, tuve que bajar de la acera, obstruida por un compacto número de curiosos que se apiñaban unos contra otros, empinándose sobre la punta de los piés y alargando los cuellos para dominar al que llamaba la atención de todos.

Por la perorata macarrónica que salía del centro mismo del apretado grupo, supuse que algun Dulcamara, es decir, un sacamuelas había tomado posesión de aquel punto: movido yo también por la general curiosidad que maldita sea por siempre jamás amen, me acerqué, me empiné sobre la punta de los piés, y después de introducir mi cabeza en un claro, abrí la boca y afilé el oído.

—*Questo giorno singnori se juega la loterria da ea capitale: en questo giorno si pue conseguire la vera fortuna dum padre di famiglia*

é de un pobero traballatore; questo giorno sofrece la oportunita de convertire un pobero inmigrante, dun señorino senza lira, en un vero capitalista; e solamente signori si puo conseguire jugando á la loterria de la capidale é tomando questo billete di due mile trechenta é catro.

Toda esta retahila salía en falsete, con timbre agudo y enfático y entonación oratoria, causando la hilaridad de la concurrencia.

Este vendedor de billetes de lotería, es un hombrecillo, un grado más bajo que *petizo*, de cargada espalda, deprimido pecho, abierto de piernas y cerrado de frente.

Vivaracho en sus movimientos, por el cabrilleo de sus ojillos se nota al despreocupado, que como una ardilla se introduce en todas partes; y, efectivamente, por donde él vaya llama siempre la atención; los transeuntes, al escuchar su atiplada voz, vuelven la cabeza, se detienen al observar la

cómica gravedad del vendedor, que con paso medurado, echado hácia tras y atusándose el rubio bigote, declama un trozo oratorio para convencer de la necesidad del juego de lotería, pero todo ello dicho con una seriedad y aplomo propios de un héroe parlamentario.

En vez de seguir á los viandantes billete en mano y pegarse como lapa, sin soltarles en un par de cuabras, con la cantinela de costumbre, expuesto á recibir un palo, por molesto y machacón, él, como de más alta categoría, lleva sus billetes debajo del brazo y con andar medurado y sin detenerse hasta que llega á algún período poético, fuertemente persuasivo, sigue con su discursete, dirigiéndose á todo el que pasa ó se asoma á puerta ó balcón: por supuesto que el muy tuno, cuando atisba alguna cabecita de sirvienta en un balcón, se acaricia el bigote y haciendo una picaresca guiñada sin interrumpir

pir la perorata, hace alto y exclama con más aguda entonación:

—E si per caso alguna bela doméstica, piu irresistibile que la donna di Rafael, vole abandonar il plumero, é ritornar á la sua patria cargada di pataconi, non tiene sino jugare á la loterria de la capitale, da cincuenta mitte nazionali, que é la vera fortuna di questi giorni.

La sirvienta recapacita y por lo general compra un quinto, recibiendo los chicoleos del gárrulo vendedor, que á fuerza de seriedad y de discursos se ha conquistado una buena clientela. Con gusto pasé una media hora oyéndole enjaretar su perorata, sin acordarme de que el tren partía; y en efecto, cuando me dí cuenta, ya mis amigos habían salido en el tren de las ocho y diez, quedándome yo afeitado y sin visita, y teniendo que regresar á mi casa sin la caza en el morral.

Hoy día el juego de la lotería está prohi-

bido por la ley que castiga con severas penas á los que furtivamente tratan de vender billetes de loterías de otros países: ésto dá una idea de la moralidad del país; que al comprender que solo el trabajo es el que forma los capitales y la prosperidad de la nación, impide que el producto del esfuerzo individual se distraiga en un vicio consentido por los poderes públicos, concesión contraria á los gobiernos celosos por los intereses de su nación.

Los países donde impera la verdadera democracia, y donde reine soberano el trabajo, tienen que rechazar con indignación el juego de la lotería por bien organizado que él esté; sin presenciarse aquél espectáculo nada edificante que hace unos cuatro ó cinco años reflejaba con alguna fidelidad las festivas líneas que siguen, escritas en aquella época.

¿Se acuerdan Vds. de los tábanos? si señores los tábanos aquéllos que en las noches

calorosas del estío, después de zumbarnos los oídos, y chuparnos la sangre, tenían el atrevimiento de no dejarnos dormir. En vano buscábamos postura cómoda en el lecho; nada, el zumbido condenado nos atormentaba. Cuando se establecía esa especie de tolerancia en que connaturalizados con el ruido, y rendidos de fatiga, se entraba en el estado estuporoso que precede al sueño, entónces el aguijón del impertinente animalillo nos animaba, elevábamos la mano con presteza al punto dolorido, y cambiando de postura intentábamos dormir, no sin antes lanzar algún que otro *terno* maldiciendo todos los tábanos hábidos y por haber; y así de esta suerte nos dormíamos ya tarde, para al poco rato despertar echos unos cirineos, con el aspecto de tener los *gurrinchos*, ó sea sarampión, efecto de tanta roncha y picaduras.

Observando con detención al animalejo

aunque sea sin microscopio, vemos que los hay de todos tamaños; chiquitines, regulares, grandes y monstruosos, y de diferentes sexos, como es consiguiente: por todas partes baten sus alas, y no se oye más que el chicharreo de la bandada. Por supuesto que Vds., como yo, se habrán apercibido que estos tábanos, no se si será por su refinamiento de raza, ó por modalidad de transformismo, en lugar del zumbido inarticulado que naturaleza les concedió, gritan que es un contento y su órgano vocal ha debido sufrir notabilísimas modificaciones.

—*La suerte llevo en la mano, zumba el tábano á todas horas.—Aquí está la grande, grita otro que bate sus alas en el otro lado.—Para mañana caballeros, solo me queda este número, chicharrea otro de los ya crecidos y de largos tenáculos.—Vamos á ver caballeros, la capital para mañana, chillá incesantemente el tábano chico, y no hay rincón en Bue-*

nos Aires, donde no le persigan incesantemente estos incómodos animaluchos.

Si Vd. para librarse de ellos cierra las portezuelas del carruaje y corre las cortinillas, á la menor detención se le cuelgan un par de tábanos con el consabido zumbido; si Vd. va en tranvía no se ve Vd., libre de ellos en todo el tránsito, y para contestarles (si es que Vd. se toma esa molestia) tiene que gastar un par de libras de saliva: y si por desgracia sale por esas calles de Dios á pié, ahora sí que le ha tocado la lotería!! Cargue Vd. un buen depósito de paciencia que falta le ha de hacer.

Sin perjuicio de oír el susurro atronador de la bandada, se le instalan á Vd. á sus lados un par de ellos; si sacude á derecha, el de la izquierda se le acerca más; en vano es que intente espantarlos, antes que V. se aperciba tiene otro de los monstruos que le estorba el paso, y como apéndice un par que por la espalda le atormentan.

Le acompañan una ó dos cuabras, y cuando ya cansados de merodear sin hincar el aguijón se disponen á abandonar la presa, ya están otros de repuesto zumbándole los oídos, hasta que Vd. tiene que pedir auxilio, ó repartir sendos bastonazos para poder respirar.

Ayer me levanté de la cama mal humorado, tenía dolor de cabeza, y estaba en una disposición de ánimo tal, que por un quitame allá esas pajas me hubiera peleado con mi sombra. Tal vez un chorro de agua fría, ó una ducha escocesa me quite el mal humor pensé yo al salir tempranito de casa, y no bien hube puesto el pié en la calle, se me acercó un tábano madrugador, descalzo, con pantalones arremangados, camisa hecha girones, sin sombrero y presentando en sus párpados las señales de no lavarse la cara.

—*La capital para hoy caballero*, zumbó por tres veces á mi oreja izquierda.

—Retírate á un lado, dije yo sacudiendo al tábano y siguiendo mi camino.

—*Tome la suerte*, seguía zumbando presentándome un billete de lotería, y siguiendo mis pasos á tiempo; *esta es la grande, niño compreme el número*, insistía el vivaracho.

—Lárgate de aquí granuja, lárgate porque si no te pongo una marca de botín en la trasera.

—Mire que le doy la suerte!..... compreme este quinto niño!..... seguía zumbando.

Yo que tenía bastante mostaza en la nariz, y que á la verdad no precisaba mucho para sacudir los tábanos, intenté cortarle el zumbido con una buena palmada, pero el maldito se escurría y en vano trataba yo de auventarlo.

—Dispense Vd. caballero, ha sido sin intención, estos malditos tábanos le tienen á uno sin sosiego.

—Ya podía Vd. mirar donde pisa!...

He dado un feroz pisotón á un transeunte y todo por culpa del madrugador tábano; buscaba y rebuscaba por si le encontraba, pero el maldito se hizo humo: ya principiaba á respirar viéndome libre de su presencia, cuando al doblar la calle de Victoria por Buen Orden, se me plantó otro de la misma familia, algo mas crecido, sombrero gaucho sin cinta, saco corto enlodado y descosido por las caderas, pantalones comidos por detrás y alpargatas casi nuevas, todo él respiraba granujería, pues su cara tiene un millón de cicatrices, y la nariz aplastada sin duda alguna efecto de un puñetazo. Verme y dirigirse á mi encuentro todo fué uno.

—*Esta es la grande*, la capital para hoy niño; tome este número, le doy la suerte.

—Sino te quitas de mi lado, y si me

hablas una palabra más, te rompo el alma si es que la tienes, le decía yo parándome y dispuesto á cumplir lo prometido.

Viendo mi tábano que yo tenía malas pulgas, juzgó conveniente zumbiar algo más apartado, y emprendió el camiuo al yo seguir la dirección que llevaba.

—Mire que le doy la grande, volvió á chicharrear, deteniendo algo el paso como para esquinar mi acometida.

Sin hacerle caso continuaba mi camino sin poder verme libre del atormentador muchacho, cuando á los pocos pasos me cierra el camino uno monstruoso, de cuerpo abultado, sacando del bolsillo de un saco un rollo de billetes.

—La grande de Montevideo, niño, de sesenta mil patacones, decía el hombre pretendiendo auyentar el tábano chico, pero éste, al parecer, redoblaba los esfuerzos para conquistarme.

—A mí niño, la capital de 50 mil nacionales, tome la suerte.

Aturdido y desesperado sin poder librarme de tan atormentadores animales, el cielo vi abierto cuando distinguí el tranvía de Centro América, y corriendo no tanto por alcanzarlo, cuanto por no escuchar el zumbido de los tábanos, no viendo más que mi salvación en el vehiculo, emprendí una carrera con tan mala suerte, que al afrentar á la calle Florida dí con mi no escasas narices en el ojo de una señora algo voluminosa que desgraciadamente doblaba la esquina.

—Jesús, que hombre tan bruto!

—Perdon señora, yo siento en el alma haberla lastimado.

—Por poco no me saca un ojo... ¡decía la pobre señora llevándose el pañuelo al ojo izquierdo, que la verdad sea dicha, se le estaba poniendo como un huevo.

—Señora, deploro muchísimo el incidente, pero ya vé V. que casi me he aplastado mi nariz también.

—Lástima que no se hubiese aplastado otra cosa!!...

—Gracias señora, repliqué yo secamente, que no solo sentía mi nariz, sino que el tran-
via se había alejado, y me dejaba otra vez en poder de mis martirizadores.

¡Pero señor, aquí no hay autoridad que defienda al transeunte!! verse asaltado de esta manera, es como para salir revólver en mano y así hacerse respetar.

—Durante este corto monólogo, se me plantificó un microscópico tábano, pero tan microscópico, que trabajo le mando al que intentara cazarlo. Descalzo y en mangas de camisa, solo era visible una descomunal cartera colgada del cuello.

—*La grande para hoy cincuenta mil nacionales.*

Ya le iba á aplastar seguramente pero me contuvo una persona conocida que viendo el estado de mi ánimo y el aspecto de mi físico trató de calmarme.

—Vamos amigo! serénese y no cometa un disparate.

—Pero hombre! le contestaba yo, si esto es para desesperar á cualquiera; otro día decididamente al salir á la calle lo haré con un revolver en cada mano; aplastarme la nariz, y una señora deseando que me hubiera aplastado otra cosa!... pues amigo, esto no es vivir.

Por fin subí al tranvía algo más sosegado, cuando á los pocos instantes oigo que me llaman.

—Caballero.

Vuelvo la cabeza y me encuentro de manos á boca con un.....

—La grande de Montevideo, solo tengo este número.

—Pues no se va Vd. al demonio con su grande y con su número y con su Montevideo, exclamé yo en el colmo del furor.

—¿Y por qué me he de ir al demonio?

—Porque Vd., repliqué yo convulso de ira, tiene trazas de ser un solemne holgazán, que más le valía trabajar y no emplearse en fomentar el vicio.

.

—Con que, que me vaya á..., y ciego sin saber lo que hacia, me arrojé sobre el billetero que no esperando sin duda mi brusco ataque se dejó magullar la cara, más de lo que debía.

El vigilante acudió, se armó un escándalo y me llevaron á la Comisaría, donde contando lo ocurrido, me dejaron salir reprendiendo mi conducta.

Tomé un carruaje y corridas las cortinillas zumbaban en mis oídos los tábanos que incesantemente pregonaban sus grandes, sus

gordas, y los cincuenta mil nacionales: maldiciendo yo al escucharlos, todas las loterías del mundo.

Al entrar en mi casa, encuentro en la escalera otro de la misma calaña, ofreciéndome billetes. La vista se nubló, mi cabeza quería estallar, y agarrando por el brazo al billetero lo eché escalera abajo, mientras entraba en mi habitación todo sudoroso y jadeante: tiré el sombrero en una silla y no bien hube tomado asiento oigo á mis espaldas gritar:

— *La gande, la gande.*

Doy un salto de mi asiento y veo á mi hijita que con unos papeles pregonaba con su media lengua billetes de lotería. Formalizada mi jaqueca, me acosté; en vano procuraba conciliar el sueño, interrumpido por los gritos de los tábanos, que en la calle zumbaban á más no poder: el sueño al fin me venció, y ¿que dirán ustedes que soñé?

pues nada menos que me había convertido en billettero, y que con grandes bríos gritaba por esas calles de Dios:

Vamos á ver caballeros, cincuenta mil nacionales; la capital para hoy, la suerte tengo en la mano.

Ahora se persigue tenazmente á los ocultos vendedores de billetes, habiendo desaparecido aquella plaga, dándose una muestra más de cultura y sensatez.



XIV.

EL AMIGO BENITO.

—Si hombre, si, tendré el mayor gusto en visitar á tu novia, decia yo á mi amigo Benito, que me importunaba por presentarme á su prometida.

—¿Quiéres que vayamos esta noche?

—Cualquier día es lo mismo, contestaba evadiendo el compromiso.

—Vamos esta noche, porque será lo más probable que un día de estos salga para el campo.

—Bueno, hombre, bueno!... iremos esta noche.

Accedí por quitármelo de encima, pero con el firme propósito de faltar, pues estas presentaciones no se han hecho para mi; es un papel demasiado desairado eso de contemplar á dos tortolitos, verlos arrullarse, mientras que al presentado no le queda más recurso que decir cuatro gansadas á la suegra ó dirigirle unos cuantos chicoleos siquiera por pura galantería, ó para distraer á la vieja.

Aquella noche debía yo asistir á una reunión de amigos, es decir, reunión íntima á puerta cerrada. A las nueve prometí á Benito ir por su casa, pero en lugar de ir allá me encaminé al café de Paris en donde en reservado me esperaban hacia un cuarto de hora: no bien hube doblado la esquina de Florida y Cangallo pataplum... Benito en persona se me presenta, que á toda prisa iba

á mi casa, impaciente ó tal vez receloso de que yo faltase á la palabra empeñada.

—Esta es una mania como otra cualquiera! decía yo para mis adentros mientras le saludaba.

—¿Ibas á buscarme, no es cierto? decía con satisfacción.

—Si, iba á buscarte para decirte, que no puedo ir esta noche porque tenemos reunion en el café de Paris, y ya comprendes que sería un verdadero delito el faltar!... la presentación á tu novia la dejaremos para mañana.

—No puede ser, Enrique, esta tarde he anunciado tu visita, y te advierto que mi novia está muy contenta porque desea oírte cantar. ¡Si vieras que alegre se ha puesto!... ha buscado música de canto y le tiene preparado asi todo tu repertorio.

—Pues amigo!... es esta ya una razon más para nó ir: porque no estoy en voz,

luego saber que hace bastante tiempo que no canto: discúlpame con ella, y le prometes un *visitón* para mañana y que cantaré hasta un septimino si es preciso.

—No, Enrique, cumple tu palabra y no me dejes desairado, ya sabes que mi futura suegra es demasiado severa, y tal vez sería esta falta la causa de un desagrado.

—¡Pero hombre!... recapacita querido Benito, que en el café de Paris como te he dicho...

—Te exijo este sacrificio; sinó me perjudicas lo que no puedes calcular, insistía con ansiedad mi amigo gastando los últimos cartuchos de la persuacion.

—¡Pues señor... sea, pero te aseguro que me haces un flaco servicio con tu dichosa presentacion.

—Vas á pasar un rato agradable! Ya verás!...

Benito se estiro los 'guantes y se arregló

la corbata despues de oprimir el boton eléctrico de la puerta de la calle; estaba contento como unas páscuas, no cabía en sí de gozo, y estando impaciente oprimió por segunda vez el boton antes de que la sirvienta tuviera tiempo para salir á abrir.

—La puerta se abrió, y pasamos por el pequeño pátio cubierto de macetas con flores y medias tinas que ostentaban jazmines del cabo y camelias disciplinadas.

—Adelante señores, adelante, decía desde el dintel la señora puesta de punta en blanco.

—Tengo el gusto de presentarle á mi amigo Enrique Bota Guezo de quien tanto le he hablado.

—Señora... á los piés de Vd. saludaba yo inclinándome profundamente.

—Estela... le presento á mi amigo Enrique Bota Guezo.

—Señorita... es un placer para mi, tener el honor de conocerla.

—Ya le conocíamos... ya... en lo de Churri tuvimos el gusto de oírlo cantar, decía la jóven acercándose á mi con toda liberalidad.

Tiene una voz muy linda, y sobre todo canta Vd. con un gusto tan esquisito!...

—Si señor, Vd. canta admirablemente, afirmaba la señora, pues en lo de Churri todos quedamos encantados de su voz.

—Mil gracias... soy sencillamente un mal aficionado.

—No te hagas el modesto!... todos saben como cantas.

—¡Pero hombre!!...

—Si señor, tiene mucha razón Benito, replicaba Estela, porque Vd. conmueve cuando canta, y por mí sabré decirle, que me hizo Vd. sentir lo que jamás había experimentado al escuchar la romanza de Puritanos: aquí la tenemos para que Vd. nos haga el gusto de aplaudirla nuevamente: es

una música que arrebató!... luego... Vd. la interpreta con tanta maestría...

—Señorita por Dios!... usted me confunde con tanto elogio.

Estela siguió conversando conmigo sobre música mientras mi amigo Benito, ponderaba á su futura suegra mis condiciones filarmónicas y mi caballerosidad. Pronto noté que la tal Estelita era una morocha de agraciable rostro, ojos vivarachos, abundante cabellera, de elegante porte y con un cuerpecito torneado... que no había más que pedir: algo pronunciada de formas, incitaba con diabólico poder; así fué, que poco á poco nos interesamos en la conversación sin acordarme yo de la suegra y yerno en ciernes que departían sosegadamente en un sofá próximo.

Nos sirvieron té, y después de versar la conversación sobre temas sin importancia, Estela me pidió que cantara Puritanos.

— ¡Pero señorita... sinó estoy en voz! si hace mucho tiempo que no canto!

— ¡No sea malo! me decia con significativa confianza para obligarme.

No tuve más remedio que sentarme al piano, y cerquita de mi para mudar la hoja, la interesante Estelita: Benito respiraba satisfacción al ver los preliminares y la señora estaba con visibles muestras de contento.

Empecé el canto, y mi adlatere, se acercaba cada vez más: con motivo de cambiarme la hoja, su cuerpo rozaba al mio produciéndome un crispamiento inevitable, yo la miraba en las notas de tierna espresión y ella despidiendo fuego por aquellos ojos, me indicaba bien á las claras que la batería de su entusiasmo estaba próxima á estallar. Atraída sin duda por la melodía cada vez se acercaba más, su respiración acelerada llegaba hasta mi, y yo entusiasmado y nervioso hubiera deseado que la romanza fuese

interminable. Al concluir me felicitaron efusivamente, Estela llegó en el colmo de su entusiasmo á estrecharme las manos con nerviosa contracción. No si á Benito le disgustó esta demostración, pero creo que no, porque él fué quien enseguida me pidió otra romanza.

—Si señor, otra cosita!... decía Estela tomando su anterior posición.

Yo no me hice de rogar, y otra vez el contacto de la novia de mi amigo me entusiasmó: canté y volví á cantar y cantando estuve por dos horas, hasta que por lo avanzado de la noche fué preciso el despedirme.

La señora me ofreció su casa, quedando comprometido en ir dos veces á la semana; y la interesante Estela, oprimiendo más de lo regular mi mano, me miró con ternura y hasta creo que me hizo una seña disimulada, no estoy seguro, pero me parece que hizo la seña. Una vez en la calle y serena-

do con el fresco de la noche, pude notar en Benito un tinte de tristeza ó estado melancólico que me hizo sospechar que tenia celos.

De buena gana hubiera dejado de ir á casa de su novia, pero la educacion me lo prohibia, y solo por cumplir con la educacion y por agradecer á Estela la suspension de viaje al campo seguí frecuentando la casa por lo general á horas en que Benito no estuviese, de comun acuerdo para que no tuviera celos.

Con Estela aprendi unos cuantos duos que ejecutamos con bastante precision.

¡Ojo con los aficionados al canto, señores novios, mucho ojo!...



XV

¡¡¡PATAPLUN!!!

Juan Bautista estaba dispuesto á seguirla aunque fuera al fin del mundo, estaba encaprichado, y los caprichos del amor se llevan adelante contra viento y marea cuando se tiene la florida edad de 26 años: pasando los gemelos por la cazuela del teatro Nacional, cautivó su vista una morocha de rosado cutis, rasgados ojos y nariz aguileña que encajaban en un rostro alegre y juguetón formando un conjunto atrayente y

provocador, como el busto que se destacaba en la primera fila: formas exuberantes trataban de romper la estrecha cárcel en que estaban aprisionadas, y por su porte elegante y travieso, y por los dos oyitos que se dibujaban en sus mejillas al sonreirse, y por la viveza y desenvoltura al abanicarse, y por el cabrilleo de sus negras pupilas, se adivinaba enseguida una mujer de fuego, un corazón que latía tumultuoso á impulso de las pasiones violentas que era susceptible de anidar en su pecho.

Juan Bautista estuvo contemplándola con delicioso estásis por un buen rato: aquél busto le fascinaba y no sabía qué admirar más, si la corrección escultórica de sus formas ó los graciosos movimientos de su cabeza: ello es que no apartaba los gemelos de la morocha pretendiendo atraerla con el influjo poderoso de la pasión que hervía ya en su sér.

—Con su permiso... caballero!... decía una señora gruesa que necesitaba doble espacio para atravesar las lunetas.

Juan Bautista, seguía mirando y remirando á la morocha del vestido negro, y gorra de tul, sin apercibirse que estaba en el teatro.

—Con su permiso caballero!... necesito pasar... insistió la voluminosa señora mal humorada, tratando de abrir camino.

Nuestro jóven sin fijarse en quién era, y sin dejar el punto de observación se limitó á ladearse un poco.

—Le digo que no puedo pasar! volvió la señora á decirle en tono agrio.

—Ah!... usted dispense señora: usted dispense!! siento.....

—¡Pues señor... me gusta la ocurrencia!! se precisa descarar... gruñía la señora mientras se deslizaba penosamente entre las tertulias. Llegó por fin al número 23 y al

tiempo que se sentaba, lanzaba á nuestro jóven una furibunda mirada capaz de agujerear una plancha de 20 centímetros, la que maldita mella hizo en Juan Bautista, que tan pronto como dejó libre el paso, dirigió otra vez sus gemelos al primer punto de observacion.

Durante aquella noche estuvo preocupado andando de palco en palco buscando punto de mejor observación, y maldijo las cazuelas anti-humanitarias que impedían su aproximación para de cerca contemplar la arrogante figura que le quitaba el sosiego.

Antes que terminara el cuarto acto se puso en primera línea á la salida de la cazuela esperando con febril impaciencia se terminase la obra: resonaron por fin estruendosos aplausos, y en los pasillos el ruido de las puertas al abrirse: ese murmullo característico se fué acercando poco á poco, y por las puertas y por las escaleras apare-

ciendo los primeros concurrentes abrochándose los abrigos y disponiéndose á mudar de temperatura con las precauciones acostumbradas; empezó el desfile de la cazuela; la hermana se colgaba del brazo del hermano; la esposa del marido, y así se iba sucediendo mientras los vigilantes llamaban á fuertes gritos los carruajes por el número correspondiente.

Juan Bautista temblaba de impaciencia, no veía á nadie, fija su vista en la escalera esperando ver aparecer su bella cazuelera, de pronto cambió el color de su semblante, sus ojos despedían fuego, y al aparecer la morocha en el dintel de la puerta, el corazón le golpeaba cruelmente como pretendiendo salir á viva fuerza de su pecho, involuntariamente se quitó el sombrero haciendo un profundo saludo, y también involuntariamente echó á andar tras ella; salieron del teatro, él contenía la respiración, y al

llegar á la esquina de Cangallo ya se disponía á hacerle una declaración cuando ella abriendo la portezuela de un carruaje que allí estaba acantonado, entró en él cerrando con estrépito limitándose á decir al cochero desde adentro:

— A casa!...

El carruaje partió veloz dejando á mi hombre con un palmo de lengua fuera siguiendo la dirección del vehículo que se perdió Cangallo arriba.

— Con permiso, caballero!...

— ¿Qué? preguntaba Juan Bautista como quien sale de un sueño.

— Que se haga usted á un lado, pues nos impide pasar; pues hombre se parece á un guarda cantón!!...

Han pasado algunas semanas desde aquella noche: nuestro jóven está desconocido, no puede desechar la impresión profunda que la bella morocha ha dejado en su pecho,

y por tal motivo la palidez de su semblante y las pronunciadas ojeras que orlan sus párpados, bien á las claras indican su intranquilidad de espíritu; ha recorrido todos los teatros, todos los paseos, todas las iglesias, discurre por las calles, y por ninguna parte encuentra á la que se llevó su reposo, sus amigas le desconocen, y él mismo antes tan despreocupado, no se conocería seguramente si examinara su interior.

El lunes pasado se encontraba Juan Bautista parado en la esquina de Victoria y Perú frente á la joyería, acechando á las marchantes de «La Ciudad de Londres» y del Progreso donde él creía encontrar á su desconocido tormento; serían como las nueve de la noche próximamente, la luna iba ascendiendo majestuosamente, derramando poética claridad por la calle Victoria: caloroso como había sido el día, era incesante el paso de los viandantes que daban y reci-

bían saludos á diestra y siniestra: unos entraban en los bazares, otros en las librerías, las señoras en el Progreso y en la ciudad de Londres, éste en la sombrerería, aquél en la relojería, muchos estacionados en los marcos de las puertas, y todos disfrutando de la hermosa noche primaveral de ese día.

Al pasar delante del Club una interesante figura de luto, el amigo Juan Bautista tuvo necesidad de recostarse en la pared para no caerse, la dueña de su corazón era la que avanzaba, intentó correr hácia ella, pero sus piernas se negaron á obedecer, un temblor convulsivo lo había invadido paralizándolo sus miembros.

—Ahora no te me escaparás! exclamaba viéndola entrar en la tienda del Progreso: no te me escaparás, repetía febrilmente limpiándose el sudor de su frente calenturienta; su rostro había recobrado su anterior lozanía, de igual manera que la mustia florecilla

recobra su tersura y color al sentir el benéfico contacto del agua que le falta.

Un buen rato llevaba esperando fija su vista en las puertas de la gran tienda, cuando se le acercó su antiguo amigo Maximino que lo vió convertido en estatua.

— Ola! Juan Bautista!.... le decía poniéndole cariñosamente la mano sobre el hombro ¿qué es de tu vida? ni en el Club, ni en lo de Matieri te se vé.....

— ¡Amigo Maximino!.... exclamó estrechándole la mano y sin dejar de mirar hácia el Progreso. Soy hombre feliz! ya la he encontrado.

— ¿El qué? preguntaba Máximo con extrañeza.

— Que ya la he encontrado!.... está en el Progreso; ahora sabré donde vive. ¡Si la vieras!.... es la mujer más divina que puedes imaginarte.

—¡Diablo..... tú estás enamorado!.... las señales son mortales.

—Estoy perdidamente enamorado, y tan perdidamente que de esta me caso, amigo, me caso sin apelación.

—¿Y quién es ella?

—No sé.

—¡Cómo que no sabes? pues me gusta la salida.

—Solo la he visto un día en el teatro, ah... Máximo, he pasado cerca de un mes buscándola por todas partes, y esta noche la he visto entrar en el Progreso; espero que salga para seguirla y decirla que la amo! nada más, y como ha de comprender mi pasión, juzga tú si me casaré ó no con ella.

—Decididamente estás enamorado, ó lo que es lo mismo loco; ni la has hablado siquiera, ni ella te conoce, y ya dás por hecho el matrimonio!...

—Allí está, allí está Máximo!.... mirala, esa de luto, fijate bien en ella; la sigo!....

La figura vestida de luto atravesó la calle y pasó delante de nuestros jóvenes. Máximo la saludó con franqueza y ella contestó con una sonrisa que hizo aparecer sus celestiales hoyos en las mejillas.

—¿La conoces tú? sabes tú quién es? dónde vive? dónde vive Máximo!....

—No te apures Juan Bautista; esa es la que me decias.....

—Sí; ¿donde vive? ¿quién es?

No camines tan de prisa! ten calma hombre, ten calma!....

Pues la conozco algo!.... es una señorita muy interesante!

—Ya lo creo que es interesante! es la belleza de Buenos Aires!

Vive en la calle de Suipacha.

—Qué número?

Espera hombre, que todo lo sabrás!

—Gracias Maximo, eres mi verdadero amigo; siempre te agradeceré este inmenso servicio. ¿Y cómo la has conocido tú? dime; aprieta el paso, corriendo..... corriendo, Máximo, que dobla la esquina.....

Juan Bautista llevaba á su amigo casi arrastrando temeroso de que la enlutada desapareciera; no tardaron en alcanzarla.

—Ha vuelto la cabeza!.... has visto?

—Sí, ya he visto; comprende que vamos atrás de ella, acortemos el paso, y verás ahora donde vive.

La morocha se paró frente al número... y después de penetrar en el zaguán cerró la puerta con estrépito.

—Qué clase de mujer es esa Máximo? habla! dime, suplicaba Juan Bautista oprimiendo el brazo de su amigo.

—Observa y comprenderás.

Máximo se acercó á la puerta, sacó una llave del bolsillo de la levita, y abriendo,

con no poco asombro de su amigo le alargaba la mano despidiéndose.

—¿Cómo? ¿qué significa? decía estupefacto Juan Bautista.

—Nada mi amigo, que es mi casa de los lunes y los sábados; hasta mañana! y cerró la puerta dejando á su amigo tambaleando en la acera.

Juan Bautista viaja por el viejo mundo, donde tratará de cicatrizar la herida que á mansalva le infirió la morocha de la cazuela.



XVI.

DE BUENOS AIRES Á CÓRDOBA.

UNA ESCURSIÓN Á LA SIERRA

Las tres marcaba el reloj de la estación Central, y en el anden se revolvía una masa humana como se revuelven en un hormiguero los industriosos animalillos al ver destruidos sus almacenes: los peones cargaban baules y lios en el tren, crujían las juntas, saltaban las astillas, y los mundos recibían magulladuras en todos los costados: las chir-

rientes ruedas de los camiones atormentaban los oídos al arrastrar por el pavimento las pesadas pilas de equipajes, se daban y recibían codazos y empellones, pretendiendo unos salir, y entrar otros, en los coches, mientras la apiñada concurrencia llenaba el andén para despedir á los congresales que se dirigían á sus provincias con sus respectivas familias, servicio, equipajes y bultos, y cuantos cachivaches pueden entrar en un wagon de ferro carril.

La máquina resollaba fuertemente despidiendo humo y vapor como para cobrar brios; los coches estaban ya llenos de pasajeros, maletas y cajas, y por las ventanillas se daban y recibían las últimas instrucciones.

—Que no dejes de escribir en llegando: No te olvides de visitar á Emilia: Sino está á su gusto lo mandas para cambiarlo: Que se anime y venga para el 25: Hasta la vuelta: Descuida, se hará: Adios.

El tren largó un prolangado silbido ahuecado, y allá fueron mayores las apreturas por entrar y salir de los coches, produciéndose la confusión consiguiente, las ventanillas se llenaban de cabezas y los últimos saludos se cruzaron mientras el tren principió á arrastrarse perezosamente; los más distraídos subieron precipitadamente, y el férreo convoy se fué deslizando por el paseo de Julio, dejando á la concurrencia de la estación que se desbandase por la ciudad, mientras en los coches se desdoblaban los periódicos y se acomodaban los guardapolvos, y la conversacion se empezó á generalizar en todos los asientos.

El tren fué dejando atrás estaciones y más estaciones, y después de tres horas de marcha entre tierra y calor abrasador, hizo hincapié en el muelle de Campana, quedando vacío de pasajeros y repleto de baules y cachivaches que poco á poco trasbordaba á los vapores.

Llevamos un obispo en viaje; no hay repique de campanas, ni presentacion de armas, ni nada que indique la presencia de un prelado: es un pasajero como cualquiera otro que toma mate amargo, que se sienta sin ceremonias, que se recuesta en la barandilla, y que fuma su cigarrillo de papel sin remilgos ni escrúpulos: viste sencillamente una sotana negra, encima una especie de chaleco morado y el modesto pectoral símbolo de su alta gerarquía eclesiástica: no hemos tenido ni bendiciones ni besamanos.

Al poco rato de ponerse el vapor en marcha aparecen en el comedor los mozos con grandes rimeros de platos, bandejas con pan, fruterías con naranjas y bananas, y en poco tiempo quedan listas las mesas cubiertas con el variado servicio, las servilletas metidas en los vasos en forma de cucurucho; botellas de vino sanjuanino que parecen lunares en medio del blanco mantel. Las acei-

tunas van desapareciendo poco á poco antes de servirse la sopa, y las esferas de los relojes son consultadas repetidas veces, señal de impaciencia y apetito: alguno que otro inmigrante de los seiscientos que llevamos á bordo, asoman la cabeza contemplando envidiosamente los aprestos manducatorios, dejan escapar un suspiro y paladean la saliva que ha afluido á su boca por la accion refleja: más tarde el ruido de platos y copas anuncia que se come mucho y se habla poco, se despachan botellas y se sirve finalmente el café y se saborean los cigarros mientras las señoras á una señal de inteligencia abandonan el salon para congresarse ellas, Dios sabe donde!...

Un jóven tostado el rostro, y denunciando á la legua su procedencia provinciana, se pasea tenazmente al rededor del piano; lo contempla, lo mira con cariño, y temeroso de atraerse las miradas de los que yacen en

los asientos garraspeando y limpiándose los dientes, se retira prudentemente diez pasos atrás como quien discurre á la ventura, dá vuelta y se acerca al piano, le pasa la mano por la tapa como la pudiera pasar por el lomo de un perro de Terranova, y con los mismos escrúpulos de antes se retira; vuelve á la carga y mira el clavijero como un objeto curioso sin indicar su deseo de hacer sonar el instrumento resistiendo la tentación y abandonando el comedor, donde en animados corrillos se discute la política del día, el asunto presidencial. Al pobre y tímido provinciano le atormentan los deseos y torna resuelto y se sienta en el taburete, mientras de rabillo ve que nadie se fija en él; abre el teclado y pisando el pedal apagador tecllea suavemente con una mano sola; poco á poco aumenta el regulador y perdiendo la vergüenza termina por tomarle el pulso á una polka peringundinera, que sirve de reclamo

pues al momentó es invadido el comedor de pasajeros deseosos de escuchar música: el aficionado palidece al ver la gente que le va cercando; pretende lucirse el pobre chico, y lo echa á perder, no da más que pifias, y de tropiezo en tropiezo, y al ver que está revolviendo una informe mazamorra, mete violín en bolsa, y se retira avergonzado en medio de las risas sarcásticas de los curiosos pasajeros.

*
* *

Tenía yo el camarote número diez, y al penetrar en él pasadas las once, percibí un susurro como una especie de conversación íntima que solo está destinada á las personas ó persona con quien se sostiene; empecé á desnudarme y aprecié claramente dos

tonalidades diferentes una de mujer y otra abaritonada, que venían del camarote contíguo. No me agradaba mucho tener vecina una pareja por causas fáciles de adivinar; pero hice propósito de no escuchar, y cerrando fuertemente los ojos me dejé caer pesadamente dispuesto á dormir. Un chasquido característico vino á sacudirme como si hubiera sentido un latigazo.

Yo daba vueltas y más vueltas en mi estrecha cama y largué dos *ejem, ejem*, como diciendo á mis vecinos que había quien escuchaba de cerca.

Caiga un espeso velo y saltemos hasta que oí los ronquidos de los angelitos contra los que yo echaba sapos y culebras: estos vapores debían tener departamentos especiales para parejas, y así los pobres como yo, dejarían de ser atormentados haciéndonos pasar tan desagradables ratos.



La incómoda trepidación del vapor, y el poco mullido de la cama obliga á salir sobre cubierta, aun soñolientos con los párpados edematosos, y las conjuntivas inyectadas.

La mañana era en extremo apacible; cubierto el horizonte por densa neblina como si tuviéramos delante gasas de tul se percibía esa claridad confusa producida por la lucha que sostienen los primeros rayos del sol con el sucio celaje que se nos interpone: la neblina se amontona como cuerpo de ejército atacado por los flancos, se arremolina y concluye por desaparecer, presentándose el medio disco del astro rey esplendoroso y luciente que viene á reflejarse en las aguas haciendo resaltar el verdor de las costas y á mostrarnos la intrincada vegetación de las islas, donde avergonzada se esconde la neblina huyendo de los rayos del sol.

Las suaves ondulaciones del agua, el rápido pasar de los árboles, las barrancas de la

costa, los barcos de vela; todo pasa á nuestra vista con grata sorpresa: se oye el canto matutino de los pajarillos selváticos, cruzan las gaviotas y las garzas, y los pasajeros van apareciendo por la escotilla en demanda de café con leche. La cubierta del vapor está sembrada de inmigrantes, que forman una masa mal trabada de hombres, mujeres y niños que sueñan tal vez con un porvenir grato y risueño como los primeros albores de la mañana.

En una larga mesa llena de tazas, y en el centro platos soperos llenos de galletitas toman asiento los madrugadores pasajeros para desayunarse y despues de trasegar la pócima se saborea el cigarro cuya colilla queda en el platillo lleno de ceniza y posos de café: el obispo le pega al mate amargo, el capellan se las entiende con el breviario, al mismo tiempo que los *padres de la patria* discuten la política con entera independendencia,

en otra mesa departen unos cuantos especuladores en tierras; en otra jóvenes alegres recordando escenas libres que ahuyentan la pereza matinal.

Unos entran, otros salen; los mozos cruzan con servicios de té y café; por las ventanillas del salón se vé el paso de árboles y barrancas en no interrumpida fila, y mis vecinos de camarote se pasean del brazo como dos tortolitos, arrullándose melancólicamente; ella no mal parecida y él un tipo vulgar que está al parecer enamorado de su mujercita.

*
* *

Con gran retraso llegamos al Rosario, haciendo la entrada en un carruaje antidiluviano, y atravesando las calles que despe-

dían fuego hasta llegar al hotel Universal, donde hay gran movimiento, y distingo en mi cuarto un monumental tintero de vidrio de los tiempos tal vez de la reconquista.

Después de refrescarme la cara, bajo á la administración y al regresar á mi habitación empujo la puerta, me cuelo dentro y... zás...

—Caballero!...

—Señora dispense!...

—Es Vd. un imprudente...

—Poquito á poco, señor, poquito á poco.

—Salga Vd. de aquí...

—Si, señor, saldré contestaba yo con calma, pero no sin antes pedirle disculpa, pues creí que esta era mi habitación, por eso entré sin anunciarme; ¡siento haber encontrado á la señora en un traje tan íntimo... tan inconveniente, pero!...

—Usted se está burlando, decia colérico el señor, que por lo visto no le parecían aceptables mis excusas.

—Nada de eso, señor, pido simplemente disculpa, y perdon á esta señora!... á los piés de Vd. señora.

—Vaya Vd. en hora mala!... interrumpía el marido, viendo que la señora vuelta de espaldas no podía contestar al cumplido.

—¡Pues que Vds. lo pasen bien!... decia yo encogiéndome de hombros, como quien cumple con su deber sin que nadie lo comprenda, y salí de la pieza.

Busqué el número 29 y me tendí á la bartola esperando á mi compañero de viaje. Unos golpecitos dados en los vidrios me anunciaron que alguien deseaba entrar.

—Adelante... adelante, decía yo mientras descendía de la cama.

—Vengo á pedirle á Vd. una satisfacción.

—Ah!... es Vd? Tome asiento y pida usted por esa boca.

—No consiento que nadie se burle de mí, ¿entiende? decía sulfurado mi vecino, desde

el dintel de la puerta; Vd. me dará una satisfacción.

—La que Vd. quiera, y como quiera amable vecino!... si desea formalizar el asunto estoy á sus órdenes, puesto que Vd. se cree ofendido, puede elegir entre la escoba y el plumero.

—¿Cómo se entiende? ¡Yo no tolero!

—Pues es claro, hombre de Dios!... qué clase de explicación quiere Vd. que yo le dé? Que me equivoco de cuarto, que ví á su señora sin corsé, y que les pedí perdon por haberme equivocado, y esto es todo; y que ahora me está Vd. robando ridículamente el tiempo que preciso para descansar.

—Señor!...

—Y que le pido me deje en paz, y que se largue pronto porque ya acabó la comedia y deseo verme libre de un importuno como Vd.; y pronto señor, porque entra mucho, sol, y Vd. me estorba.

El hombre salió y yo volví otra vez á mi anterior postura, riéndome del percance, y encendiendo un cigarrillo de «La Proveedora» para hacer tiempo.

*
* *

Estivado el pasajero en un coche dormitorio con poca luz y ninguna comodidad, va tragando tierra y más tierra por la Provincia de Santa-Fé con dirección á Córdoba, sudando la gota gorda y desobstruyendo las narices á cada paso; ya de noche se tiende sobre el duro asiento que la compañía llama cama, y haciendo uso de la almohada y manta raquítica se dispone á pasar la noche: cuando ya establecida la tolerancia de la trepidación y ruido del ferro-carril, los párpados caen pesadamente, y rinde la fatiga, el en-

demoniado inglés abre brutalmente la puerta, y tijera en mano, pide los billetes.

—*Los boletas señorres*: señores los boletas, repite dando un portazo para despertar á los pasajeros.

Estos abriendo perezosamente los ojos y refunfuñando entregan el billete para que el conductor lo tijeretée á su gusto, mientras parece gozarse en turbar el sueño del pasajero, con un portazo de despedida: pasa un rato y los ronquidos de los viajeros cesan, con otra petición de *Los boletas señorres*, que es contestada con algun terno ó imprecación por la manía que tiene el ingles de no dejar dormir.

Molidos los huesos, se abren los ojos al recibir la primera claridad del día: por la ventanilla no se ve más que pajonal y chimangos: al poco rato y antes de aparecer el sol por el horizonte se cruza el monte de chañares, algarrobos y espinillos, siendo el

bosque raquítico y ralo, y flacos y desme-
dradas las pocas vacas que buscan el ali-
mento en el arenoso suelo: los árboles son
desgarbados, poca altura, delgados de tron-
co é informes en figura, por el suelo ras-
trean el poleo y el pajonal, el cardo y la
retama y rematando el cuadro que tenemos
delante, una parda bruma que se estiende
como largo celage, que condensándose más
y más á medida que avanzamos, toma el
aspecto severo que presentan las montañas
al contemplarlas de lejos; son las primeras
sierras que engañan la vista al observarlas
desde Rio Segundo.

.

No se oye más que el ruido de las campa-
nas, las iglesias llaman á los fieles, y los fieles
acuden tempranito, envueltas ellas en rebo-
zos negros y pendiente del brazo la indis-
pensable alfombrita para hincarse; pasan
como duendes en todas direcciones, quien

á San Francisco, quien á Santo Domingo, unos á la Catedral, otros á San Gerónimo, y todos al templo para cumplir la primera obligación diaria.

Cruzan tramways y carruages para demostrarnos que estamos en plena civilización, y efectivamente Córdoba es una importante ciudad que hace honor á la República Argentina.

Su cultísima sociedad es digna de su brillante historia y de sus grandes próceres; la ilustracion de su pueblo proverbial en toda la República: su Universidad célebre en la América latina, y sus centros é instituciones científicas de lo más adelantado. Sus paseos y sus calles, lo mismo que sus edificios, en competencia con Buenos Aires, y el adelanto y evolución que ahora se contempla allí, propio de los pueblos modernos que pretenden ir á la vanguardia del progreso.

Al salir con dirección á la sierra y camino de Cosquin, vimos la romería en el cementerio, gente dispuesta á pasar un día alegre, turbando el reposo de los muertos; caminando por el arenal cuajado de tunas y retamos, espinillo y coco, se pasa por Algarrobito agrupación de unos cuantos ranchos circundados por algarrobos donde en un tiempo no muy lejano era asaltado el viajero con frecuencia; y lo prueban las cruces que acá y acullá siembran el camino, las cabras y los chivos aparecen en el enmarañado bosquecillo de las *Playas* dejándose ver con toda claridad los primeros escalones de la montaña, dejando á la izquierda las caleras de Malagueño: se presentan á nuestra vista los tapiales de cantos rodadizos al empezar la ascensión; se oye el chirrido del loro, el canto de la perdiz copetuda y el piar de millares de pajarillos que se esconden en la copa de los árboles silvestres

mezclándose el tala con el algarrobo, y el espinillo con el chañar, el moye con el quebracho y el coco.

A una cortada sucede una esplanada y todo ello agreste, abrupto y siguiendo un camino desigual lleno de piedras y maleza, y siendo el carruaje flajelado por las ramas espinosas de los árboles.

La cortada de San Roque es de un efecto agradable; después de contemplar la cadena de montañas que se extienden entre valles y picos, se descende por roca viva en la garganta de dos cerros empinados, haciendo eses y más eses, hasta abocar repentinamente y al salvar un recodo, en una vega dilatada que tiene su entrada por una larga calle de frondosos álamos que terminan en el río de San Roque, de pura y cristalina agua que deja ver su suelo arenisco por donde pululan millares de ligeras mojarritas: las acequias conducen el agua á las pequeñas he-

redades bordeadas por álamos y retamos, ó cercadas por tapiales de malecón y espini-
llo: la ribera con frondosas alamedas, pro-
duce sabrosa fruta en abundancia; de aquí
para allá algún miserable rancho y alguna
que otra cabra; las bandadas de loros cru-
zan en todas direcciones buscando alimento
que conducen á las altas barrancas donde
tienen su vivienda en forma de estraño pa-
lomar.

Siguiendo el camino pedregoso siempre,
y entre la misma clase de árboles, se pene-
tra al pueblo de Cosquín: no se vé como
en las aldeas europeas el humo del hogar,
no llegan á nuestro oído el eco de la cam-
pana de la ermita; se penetra como en una
mansión muerta, no hay manifestación de
la vida, todo es diferente.

Amenos valles—Bosques sombríos,
Fragante rosa—bello jazmín,
Nacen bañados—que forman ríos,
á este paraje llaman Cosquin.

Copla popular.

Entre sierra chica y sierra grande y en la declinación de las dos cadenas de montañas por donde surca un río de tortuoso curso, y donde en dilatada llanura se estiende una vega que baja hasta San Roque; en este valle abrigado que resguarda el pan de azúcar se asienta el pueblo de Cosquin, célebre en la comarca por su importancia política, y más célebre por la nombradía que goza para la curación de las enfermedades branco-pulmonares y anémicas. Residencia del jefe político del departamento de la Punilla; con iglesia, telégrafo y comunicación con Córdoba, por sus mensajerías lo colocan en primera línea en toda la sierra.

Constituyen el pueblo, una agrupación de ochenta á noventa ranchos de aspecto miserable, una casa de azotea y la iglesia: siendo el paso de herradura para las provincias del interior, por sus calles atraviesan frecuentes *arres* ó caravanas que van y vienen en largas procesiones, vendiendo vino y tabletas, dulces y golosinas á que son tan afectos los naturales del país.

Multitud de huertas y chacras bordean la ribera del río, que forma algunos remansos donde arrancan las acequias, y donde se utiliza para bañaderos.

Si antes las familias se alojaban en súcios ranchos, ahora con el modesto hotel, ya tienen más holgada vivienda, y confort puede encontrarse, en el hotel que dista 30 cuabras de Cosquín, y situado en la misma ribera.

Carnes excelentes y sabrosas, ricas aguas, purísimo aire, despejado cielo, todo esto constituye la bondad del valle.

La sequedad del aire es tan notable, que al salir del baño, y antes que se pueda uno cubrir con la salida del baño, ya está completamente seco el cuerpo; esta cualidad inapreciable del valle es la de mayor acción para que los enfermos anémicos ó pulmonales, puedan modificar su sangre y hacer cicatrizar lesiones profundas, que los climas húmedos como el de Buenos Aires, por ejemplo, le aceleran su fatal terminación.

Con ochocientos metros de elevación sobre el mar que tiene el valle, llega hasta mil doscientos próximamente en los cerros, y la presión atmosférica ayuda poderosamente para que los enfermos encuentren condiciones curativas que no tienen otras comarcas.

En otra parte detallo circunstanciadamente la climatología de esos sitios con relación á las enfermedades bronco-pulmonares: debiéndome limitar por ahora á redactar sim-

ples notas de *touriste*, haciendo abstracción de las ciencias médicas.

Al declinar el sol se ven las cabalgatas de jóvenes alegres que van de excursión á San Buena, ó al Pan de Azúcar hasta la primera meseta, ó toman la ribera con dirección á San Roque; cabalgatas compuestas de la primera sociedad porteña ó cordobesa que residen temporalmente en Cosquín acompañando á alguna persona enferma, que al poco tiempo de residencia en el valle, ya forma parte de ellas.

Fuera de estos paseos, se desliza la vida monótonamente, y solo estudiando la naturaleza ó identificándose con ella, puede hacerse pasable la residencia en el valle.

Dejando el agradable fresco que se disfruta en las habitaciones aun en las horas de más calor, debido al suave y puro viento que llega filtrado del bosque, montamos á caballo con dirección al Pan de Azúcar, de

1200 metros de elevacion, con agreste vestimenta y en cuya cima posa el condor, con orgullo de imperar en el abrupto paisaje: este pico es el más elevado de todos los que forman la primera cadena de montañas; y que claramente se divisa desde Córdoba por la figura cónica pronunciada que tiene.

Al internarse en la primera vertiente después de haber cruzado el río y salvado la esplanada que corta la acequia, se principia á sentir un aire fresco embalsamado con el aroma de olorosos arbustos y florecillas que alfombran el árido suelo.

Una senda estrecha que serpentea por el bosque nos conduce entre el laberinto de añosos troncos de árboles caidos y ulcerados por la fuerza destructora de los años, y que se agobian bajo el peso de frondosas ramas que desprenden los árboles lozanos que forman el bosque. La estrecha senda tan pronto

se retuerce á derecha como á izquierda, oprimida por las ramas espinosas del quebracho y espinillo, escurriéndose entre troncos y maleza hasta llegar á la primera esplanada, donde toma resuello, dividiéndose en dos anchas entradas que no tardan en ir paso á paso estrechándose al encontrar las asperezas del pedregal: desde este sitio obstruyen la senda piedras areniscas desprendidas de agrestes y peladas cortadas, que se multiplican á derecha é izquierda en rápida delineacion y dejando ver raices retorcidas como culebras en agonía.

Los árboles se entrelazan formando arcos y túneles vegetales, de algarrobos y chañares, de moyes y doradillos, de quebracho y cocos, que hacen difícil la ascensión en medio de ramas espinosas: el suelo asentado unas veces en roca viva, está bordeado con aloes y retamas y multitud de arbustos olorosos que hacen poético el camino cada vez

más pendiente y culebreando en los cerros para ganar las mesetas.

Los pajarillos trinan en el bosque, se oye la perdiz, se ven bandadas de palomas torcaces y loros, y el zorzal y el hornero cruzan rápidos de una á otra cortada, huyendo del viajero que ha turbado su reposo. Se sigue la ascensión dando vueltas y más vueltas, y se llega á un arroyo de cristalina agua, donde crece el helecho al pié de los árboles, y entre la maleza y piedras que arrastran las correntadas, para avocar á una esplanada de aspecto delicioso donde cubiertas por una frondosa vejetación y coronados por agrestes cortadas, se descansa de la fatiga que causa la ascensión.

Desde que se entra en el bosque vamos ascendiendo por fresca sombra, y en esta esplanada se admira el paisaje selvático por donde corre el arroyo, y en donde se ven mejor los gruesos troncos de enredadera que

naciendo al pié de los árboles ascienden hasta aprisionarlo, y engrosar de una manera tal, que algunas enredaderas son más gruesas que los troncos que aprisionan: de árbol á árbol se ven gruesos barrotes secos y descortezados, que son guías de enredadera, pendientes otros de las ramas en formas caprichosas dándoles un aspecto de gruesísimos filamentos enmohecidos, de algún gigante vegetal de las edades primitivas.

La esplanada está cubierta por margaritas de diversos colores, y orlada por el vistoso arbusto que los naturales llaman *Lagaña de perro*, con sus flores amarillas en forma de racimo y sus abundantes pétalos, punzó de lindísimo efecto y poético contraste; desde este punto es más penosa la ascensión; la senda estrechísima y encajonada en la roca presenta escalones peligrosos que los caballos salvan con dificultad, y susto del ines-

perto turista; las espinas de los árboles entorpecen la marcha, y haciendo eses y más eses y resbalando entre la roca, y apartando ramas, y agachando la cabeza para poder pasar por los brazos de añosos troncos, damos por fin acceso á una meseta desde donde se dilata la vista tanto tiempo encarcerada entre cerros y cortadas, troncos y maleza.

Desde esta meseta se contempla el panorama agreste de la sierra; el Pan de Azúcar con su escarpada y árida corteza delante, teniendo á sus costados el manto vegetal de sus hondonadas y collados: abajo la selva y los cerros escalonados que se pierden poco á poco hasta descender al valle; la vega con sus sierras y quintas; y sus alamedas que parecen microscópicas, y dividiendo la llanura el río de tortuoso curso, cuyas aguas al reflejarse en ellas los rayos del sol poniente le dan un aspecto brillante

como las escamas de un reptil recién mudada su camisa: avanzando con la vista tropezamos con la cadena de picos y cerros de la sierra cual mar encrespado, y más allá el fondo oscuro de las *sierras grandes* que se pierden entre la bruma cenicienta del horizonte; pero todo esto chiquito y alejado pues se contempla desde grande altura.

El pueblo de Cosquín solo deja ver la iglesia y alguno que otro punto blanco que son la azotea de una casa y las paredes blanqueadas de sus ranchos confundiendo todo lo demás con el suelo pardo que aparece llano como tersa sábana. La voz repercute vibrante en este sitio, y su éco desciende entre cerro y cerro hasta perderse en las últimas declinaciones en forma de vago rumor.

En las cuencas de los cerros se ven silvestres duraznos cargados de fruta contrastando el verde follaje de sus hojas, con la

corteza rugosa y pintada de los árboles diversos que forman la selva enmarañada. Después de ascender, y como á la hora y media de marcha entre pedregal y ramas de árboles, surcando el cerro y atravesando por cortadas y precipicios, se llega por fin al Pan de Azúcar que es una meseta agreste llena de maleza y piedras desprendidas, desde cuyo punto se abarca con la vista el panorama de la provincia de Córdoba, y desde donde empieza el descenso por el camino del atajo siguiendo el fondo tortuoso de las dos laderas que forman la estrecha garganta hasta salir á la llanura en medio de tupida vegetación.

Desde este sitio se contempla la mole del Pan de Azúcar, pico erguido y áspero que sin senda ni camino, solo agarrándose á los raquítricos arbustos, y afirmándose en las piedras y roca viva, se puede escalar trabajosamente, después de veinte minutos de esfuerzos por una ladera vertical.

Una vez en la cima se domina el paisaje y se dilata la vista, en llanuras y montañas; vemos la ciudad de Córdoba sumida en una especie de nebulosa donde destacan sus resplandecientes campanarios, perdiéndose poco á poco la llanura hasta confundirse con el cielo en confusa opacidad.

Los condores se pasan en este pico dirigiendo su penetrante mirada por los valles y collados: en estas escabrosidades saltó en su tiempo el leoncillo, arrinconado hoy en *sierra baya* donde nadie turba su reposo y tiene su guarida á salvo de tenaces acometidas. En este sitio dispusimos la caza del condor que no deja de ser original: se carnea un animal, pollino lo más frecuente, y se dejan allí sus restos hasta el día siguiente en que hartas las voraces aves no pueden volar y en esa disposición se les caza huyendo de sus garras y pico, que son temibles; cacería que no se pudo efectuar pues

el siguiente día llovía torrencialmente y era imposible la ascensión *al pico*.

*
**

Al regreso hasta el Rosario, la misma sucesión de paisajes en orden inverso, vuelcos y barquinazos en la sierra: tierra en el tren y frío que no podía neutralizar la menguada cobija que dá la compañía para pasar la noche.

El *Tridente* suelta las amarras que lo sujetan al puerto, y río abajo nos mecemos buscando las escalas hasta llegar á nuestro destino; pocos pasajeros y por consecuencia liberalidad en toda la línea; después de dejar atrás el muelle de las Hermanas, se sirvió la comida en medio de la más franca espontaneidad, rivalizando el simpático capitán, comisario y oficiales en agasajo y

atención para con los pasajeros. La noche prometía ser alegre, pues una señorita simpática y graciosa, que imperaba como dueña del buque por su arrogancia y apostura, cantaría después en el salón. Y llegó por fin el momento de tirar la colilla del cigarro y sentarse al piano; uno pedía malagueñas, otro peteneras, éste cante flamenco, aquél una romanza de Verdi, y todos finalmente pedían algo, lo que hizo animarme y llamar á los pasajeros que al sentir las primeras notas fueron apareciendo en el salón hasta no quedar alma viviente que no tomase asiento en él; yo largaba copla tras copla á cuál más significativa esperando el momento de acompañar á la simpática señorita de los ojos negros como la endrina, pero la señorita no se acercaba.

—Mi capitán, sea galante con aquella señorita y traigala para aquí aunque sea á remolque.

—No habrá necesidad de remolcarla porque debe caminar de bolina con el sud este que sale del piano, contestaba el capitán al levantarse para ir á ofrecerla el brazo.

Yo mientras tanto entonaba una malagueña que iba derechita á la simpática joven, con quien me prometía pasar un momento agradable cantando algunos dúos ó simplemente acompañándola alguna canción: torturaba mi memoria por encontrar algo que le llegase al alma, algo así... que sin ofender su pudor le sirviera de enérgico estimulante para hacerla entrar en juego; el capitán parlamentaba á babor intimando la rëndición, y acordó una tregua de cinco minutos que supuse sería para traer papeles de música y hacer alguna gárgara en el camarote.

—Le he concedido cinco minutos, me decía el capitán sentándose á mi lado, en seguida subirá.

¡Pues señor! decía para mí, de cómo una persona en viaje puede pasar un rato delicioso al lado de una jóven linda, simpática, condescendiente, y.....

—Ya está aquí! exclamó un jóven cordobés que al verla aparecer se restregaba las manos de contento.

Me levanto del asiento y dirigiéndome á la señorita quedé parado en medio del salón; el capitán traía á remolque una fragata de alto bordo que se contoneaba de babor á estribor desplegado todo el aparejo, y lo que yo esperaba era una ligera y elegante goleta!.... quedé con la boca abierta, y no dándome por vencido, me dirigí á la señorita.

—Yo no canto señor, me decía sonriente al comprender mi equivocación: la que canta es esa señora.

—No puede ser señorita!.... usted canta, y es preciso que.....

—Vamos amigo, interrumpió el capitán, tomándome del brazo, la señora está ya en el piano.

—Pero mi capitán!.... yo no me embarco en esa fragata, porque ya estoy oliendo á brea..... tenga Vd. compasión de mí.

Me acerqué al costado del buque de alto bordo y contemplé su aparejo: era una fragata de mal andar que tenía necesidad de limpiar sus fondos; en la proa tenía mucho cargamento; y en popa, vírjen santísima! ...

—Señora!....

—Yo no voy á poder cantar bien, decía garraspeando porque como estoy criando!...

—No importa señora, no importa, la voz ha de estar más fresca así.....

Los pasajeros reventaban de impaciencia unos y de risa otros, en particular unos jóvenes que estaban á mi izquierda los que presentían algo extraordinario: las señoritas se mordían los labios, para contener la

hilaridad, y yo miraba lastimosamente al capitán.

Stride la vampa!.....

Dios nos asista á todos, la señora empezó la *ejecución*, y el buque no se fué á pique porque está bien construido: la señora ladraba horriblemente y yo sudaba la gota gorda al acompañarla: el indulgente público se retorció de risa, y las sirenas del río debieron huir avergonzadas, para no escuchar el bello trozo musical que la gorda señora estaba asesinando. Al poco rato soñaba que me había tirado al río para escapar del áspero timbre de la dilettanti, y que las ondinas me martirizaban sin piedad clavándome sus aguzados tridentes por haber profanado el templo del arte, yo pedía perdón y ellas seguían punzándome hasta que me desperté sobresaltado, encontrándome lleno de vichucas que me asesinaban en justa represalia.

A las nueve menos diez minutos de la mañana entró el tren en la estación Central, poniendo fin á la excursión, y quedando el vago recuerdo de aquellas montañas, de la travesía en el ferro-carril, y de las veladas á bordo.



ÍNDICE.

	<i>Páginas</i>
CAPÍTULO I. Justicia.	5
II. Paseo de la Recoleta y Palermo.	15
III. La Boca del Riachuelo y el Arroyo Mez'el.	25
IV. El Recien llegado.	35
V. El Dependiente de Tienda.	47
VI. El Inglés Porteño.	55
VII. El Cura de Misa y Olla.	63
VIII. Un tenor de cafetín.	75
IX. Un Hidrópata.	85
X. El Obrero Italiano.	95
XI. El Atorrante	109
XII. Un Pichón de Noticiero.	123
XIII. La Lotería de la Capitale.	131
XIV. El Amigo Benito.	151
XV. ¡¡¡Pataplún!!!	161
XVI. De Buenos Aires á Córdoba.	175

FIN DEL ÍNDICE.



